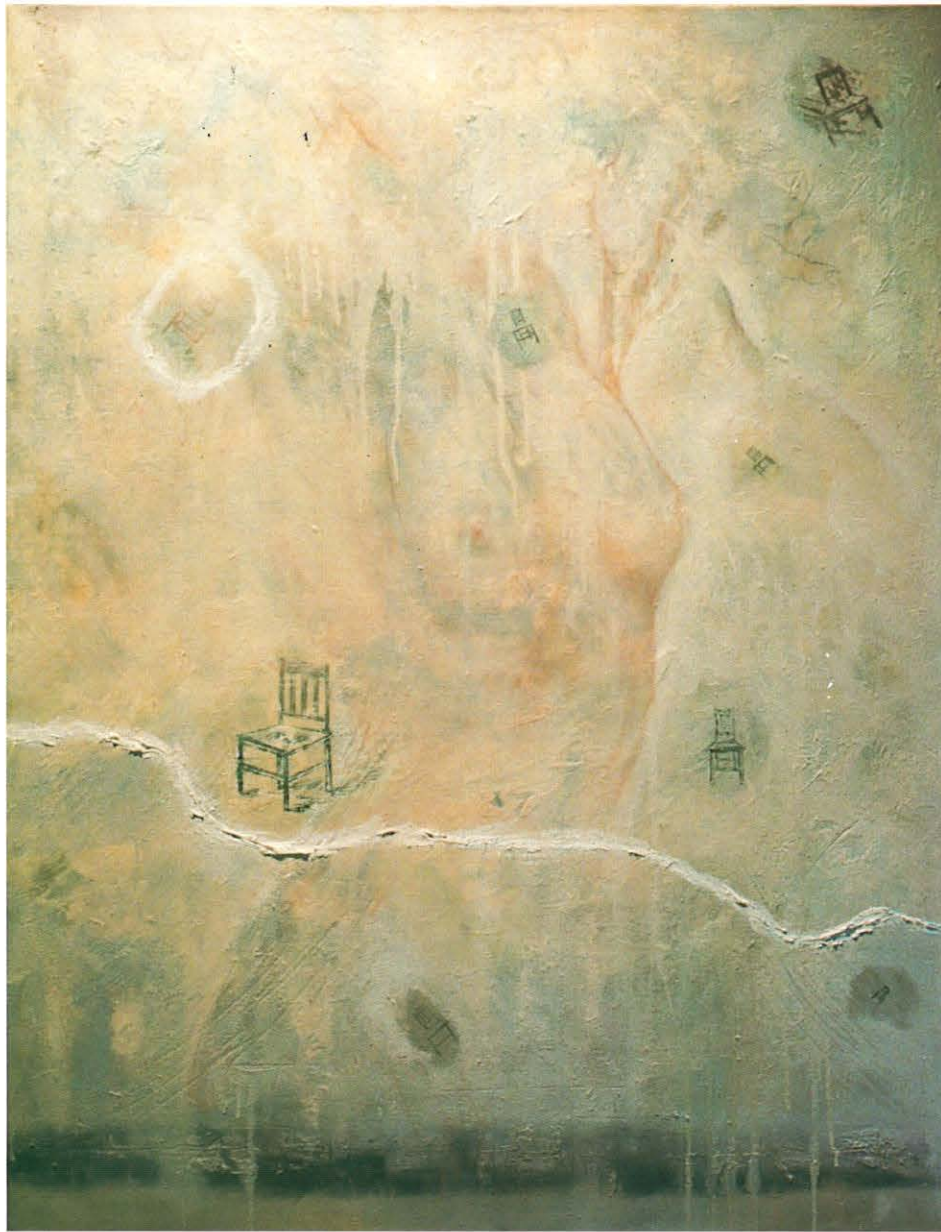
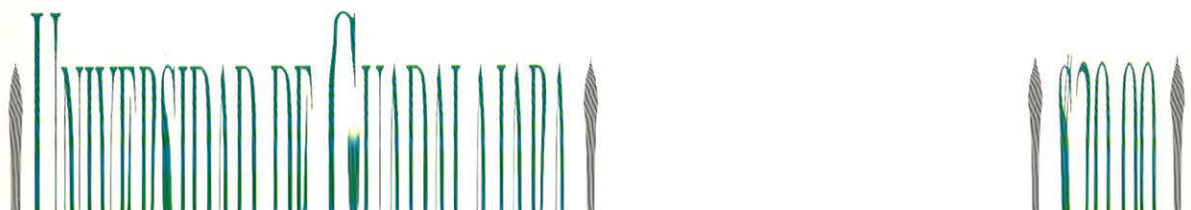


Luvina

revista literaria **22** diciembre de 2000



- ♦ Poemas de Humberto Ak'Abal, Silvia Eugenia Castellero, Ricardo Yáñez
- ♦ Especial de poesía irlandesa contemporánea
- ♦ Ensayo de César Vargas Cruz ♦ Pintura de José Luis Malo

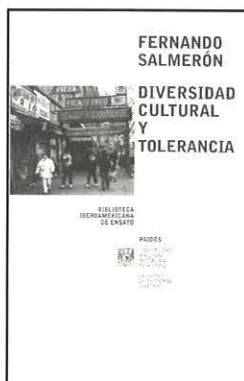




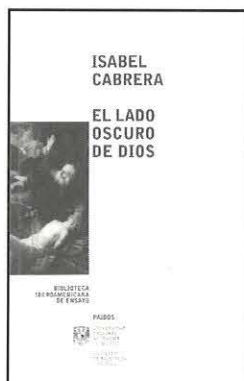
Biblioteca Iberoamericana de Ensayo

Ezequiel de Olaso
Jugar en serio. Aventuras de Borges es el resultado de las lecturas minuciosas, hondas, hermenéuticas, de un miembro de la secta de Borges que rompió el pacto y comenzó a divulgar secretos, a revelar el desciframiento de los enigmas y los recursos ocultos de la obra borgeana.

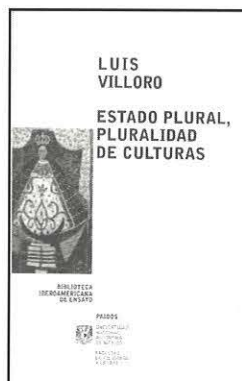
Otros títulos de la Biblioteca



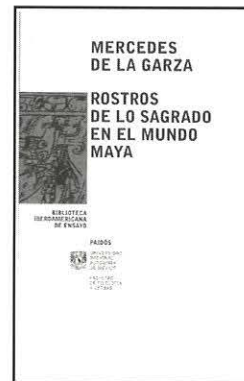
Diversidad cultural y tolerancia
 Fernando Salmerón



El lado oscuro de Dios
 Isabel Cabrera



Estado plural, pluralidad de culturas
 Luis Villoro



Rostros de lo sagrado en el mundo maya
 Mercedes de la Garza

Puede adquirir nuestros libros en Guadalajara:

Fondo de Cultura Económica (Jesús García 740)
 Pruebas y Material Psicológico (Constelación 285, Zona Minerva)

Grupo Azraín (Av. Chapultepec 396, Sector Juárez)
 Librería Gouvill (8 de julio 825)

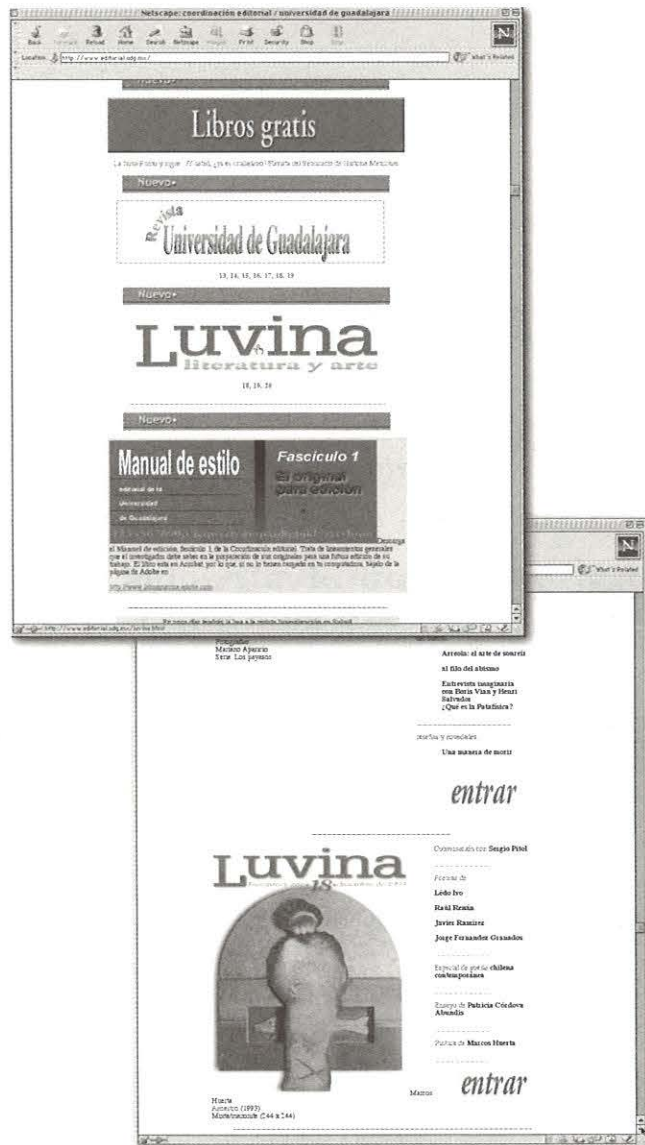
También puede solicitar atención al Sr. Mario Estrada, representante de Paidós en Guadalajara, Jal. (Tel./fax: 675-0622)

Solicite nuestro catálogo:

Editorial Paidós Mexicana, Rubén Darío 118, col. Moderna, 03510, fax: 590-4361, correo Electrónico: epaidos@dfi.telmex.net.mx

Luvina

en línea



www.editorial.udg.mx/luvina.html

índice

5 Una charla con Miguel Ángel Hernández Rubio
Alberto Calderón

7 Era mayo y las lluvias se habían retrasado
Miguel Ángel Hernández Rubio

cruzamientos

13 Poemas
Humberto Ak'Abal

de los creadores

15 Dos poemas
Silvia Eugenia Castellero

17 La sintomatología del lugar
Cristina Rivera Garza

19 La dedicatoria
Sylvie Koller

24 Sin título
Ricardo Yáñez

en taller

25 Las ambivalencias de José Luis Malo

sección especial

33 Poesía irlandesa contemporánea
Ciaran Cosgrove

34 *Dennis O'Driscoll*

35 *Francis Stuart*

36 *Pat Ingoldsby*

37 *Gabriel Rosenstock*

Michael Coady

38 *Pat Boran*

Patrick Galvin

39 *Pádraig J. Daly*

Mary O'Malley

41 *Nuala Ni Dhomhnaill*

42 *Paul Muldoon*

43 *Ciaran Cosgrove*

45 **Los paseos literarios
de Robert Walser**

César Vargas Cruz

47 **Walseriana**

(Traducción de Carlos Fortea)

52 **Reseñas y novedades**

Canutero de España.

Periquetes de literatura

Arduo Suárez

Aproximaciones

a la nueva narrativa jalisciense

Luz María Sánchez

De atrás de las rejas

En la portada:

José Luis Malo

Entre la luz y la ausencia

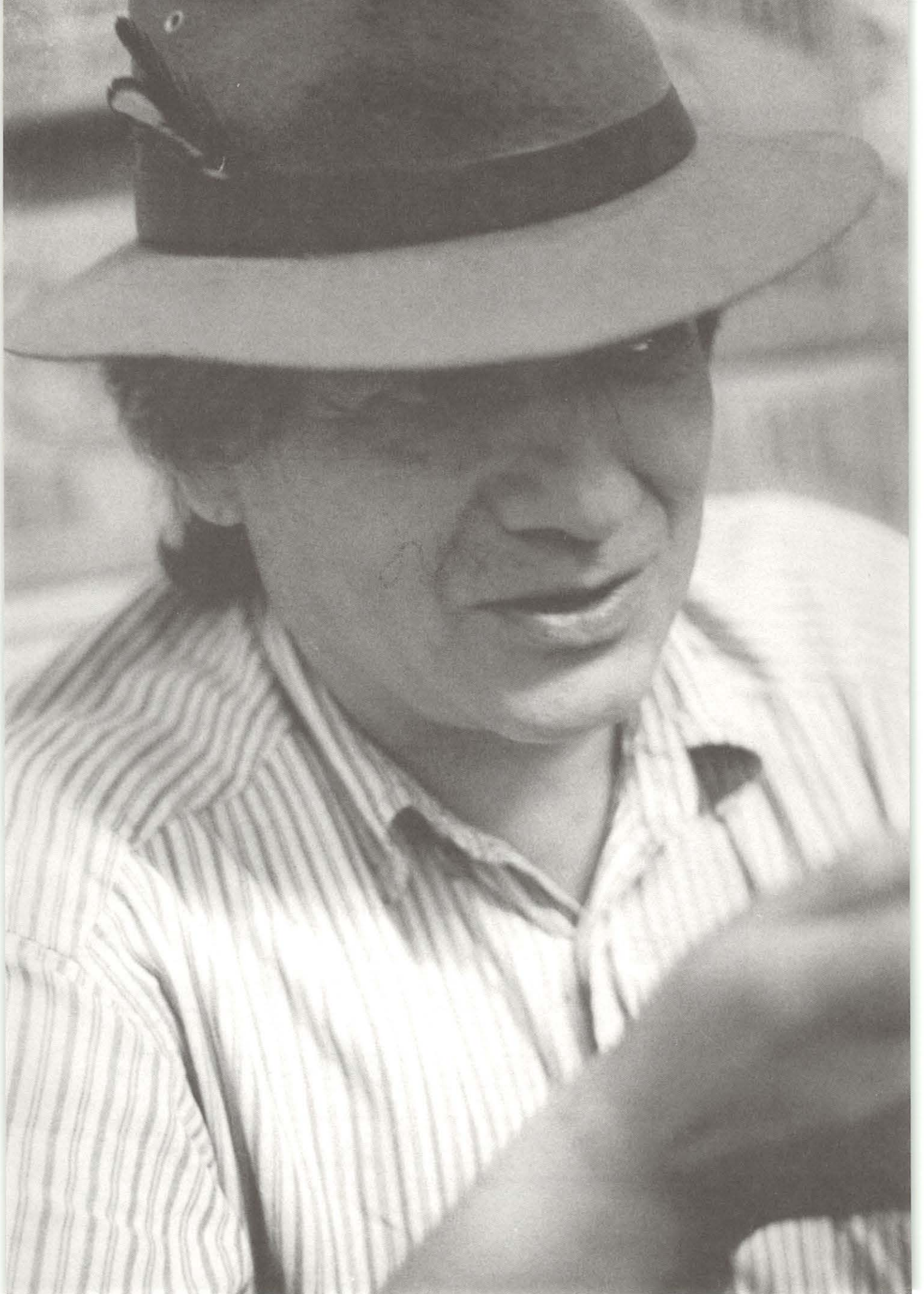
Fotografías: Marcos García



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA: *Rector general*, Víctor Manuel González Romero; *Secretario general*, José Trinidad Padilla López; *Vicerrector ejecutivo*, Misael Gradilla Damy; *Coordinador general académico*, José Francisco Espinoza Cárdenas; *Coordinador general administrativo*, José Ramón Aldana González; *Coordinador general de extensión*, Roberto Castellán Rueda.

Luvina *Coordinador editorial*: César López Cuadras. *Consejo editorial*: José Brú, Miguel Ángel Hernández Rubio, Baudelio Lara, Marco Aurelio Larios, Luis Medina, Jorge Orendáin, León Plascencia Nól, Felipe Ponce, Guadalupe Sánchez, Ricardo Sigala, Wolfgang Vogt. *Diseño*: Avelino Sordo Vilchis. *Composición*: RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL. *Corrección*: Sofía Rodríguez B. *Captura*: Martha L. García.

Luvina Revista trimestral (diciembre de 2000). Editor responsable: César López Cuadras. Número de reserva de título en Derechos de Autor: 2475/97. Número de certificado de licitud del título: (en trámite). Número de certificado de licitud del contenido: (en trámite). Domicilio de la publicación: Hidalgo 919, sector Hidalgo, 44100 Guadalajara, Jal. Correo electrónico: luvina@cencar.udg.mx Imprenta: Editorial Pandora, s. a., Caña 3657, La Nogalera, 46170 Guadalajara, Jal. Distribuidor: Coordinación Editorial Universidad de Guadalajara, Francisco Rojas González 131, col. Ladrón de Guevara, 44600 Guadalajara, Jal. Tel. y fax: [3] 827 2105/ Página Web: <http://www.editorial.udg.mx/luvina.html>



Una charla con Miguel Ángel Hernández Rubio
Del ocio y el placer
Alberto Calderón

En el puerto de San Blas, Nayarit, entre la cantina El Perico Marinero y la palapa que según él ayudó a construir (lo dudo) en la parte posterior de su casa —aquí vive de miércoles a domingo—, donde podemos «de a tiro tocar el mar», se realizó esta plática.

* * *

En 1981 llegué al taller de literatura de Bellas Artes que dirigía Elías Nandino. Ya conocía a algunos de ustedes: Javier Ramírez, Luisfernando Ortega, Carlos Real, Sergio Cordero, Jorge Esquinca, Rafael González Velasco *El Venado*, Luis Alberto Navarro; a los que formaron el taller en 1979. Llegué porque Felipe mi hermano fue uno de esos miembros fundadores. Él después se haría cargo del taller de literatura infantil, de donde precisamente salió —de hecho ganó un tercer lugar en cuento infantil a nivel nacional— Luis Martín Ulloa, uno de los narradores jóvenes más interesantes que ahora están haciendo un buen trabajo. Volviendo a 1981... llegué al taller de Nandino porque en principio no tenía nada que hacer y, pues como mi hermano estaba ahí, dije «voy a ver qué hacen éstos». Me metí a la mesa de Análisis y Crítica, llamada así pomposamente —yo, que no había estado ahí nunca, creía que era un reventón de cuates, un cotorreo—. Empezaron a analizar textos y me puse —para ustedes supongo que inopinadamente— a opinar. Así pasaron tres, cuatro, cinco sesiones, hasta que un día, no me acuerdo si *El Venado* o Fernando Montes de Oca, me dijo: «Bueno, ¿y tú cuándo traes un texto?» Falté una

Miguel Ángel Hernández Rubio (Los Mochis, Sin., 1956). Autor de los poemarios Caja vacía de cerillos (col. El ala del tigre, UNAM, 1992) y Polvos del antiamor (col. Toque de Poesía, Unidad Editorial del Gobierno del Estado de Jalisco, 1993). Coordinó el último taller creado por Elías Nandino (1985-1989), así como el último número de la revista La capilla, ambos de la Subdirección de Literatura del extinto Departamento de Bellas Artes de Jalisco. Posteriormente fue asesor de la Dirección de Literatura y co-coordinador de la colección de poesía Orígenes, de la Secretaría de Cultura.

semana y volví ya con un texto que posteriormente se publicó en la revista del taller, *La capilla*, en el número tres.

Llegué, pues, por ocio y me quedé por placer. Cuando digo que las sesiones del taller eran un reventón, lo digo no porque no hubiera la intención de analizar y enjuiciar los trabajos con seriedad, sino que como eran todos cuates, pues pensaba que se la estaban cotorreando, «qué importancia puede tener esto». Pero ya cuando empiezan las sesiones en serio y me sorprendo

opinando como si fuera parte de, pues vi que no sólo era el reventón —que también lo había, sobre todo después de las sesiones—. Dentro de las sesiones del taller no existía la amistad, y no existía en el sentido de darle «la suave», «el cebollazo» al que presentaba un texto. Reconozco que se daban enteras, sin miramientos, pero sin confundir ataques o crítica personal con la creación, que era de lo que se trataba. No fue un taller de elogios mutuos; cada quien sabía sus aciertos y sus limitaciones. Se decían cosas que en su momento fueron importantes como talleristas, y lo que me ancló fue que yo también empecé a decir y participar desde la tercera o cuarta vez. «Como veo doy», como quien dice o juega a la baraja.

Poesía y narrativa

Trabajo más en la poesía que en la narrativa precisamente porque aquella no se me da tan fácil. Para mí, narrar es contar algo, como si estuviéramos platicando. IncurSIONAR en la poesía implica el trabajo de veras, de las palabras, desde la coma, el punto, acentos, sonidos, la música, el fondo. Una vez Nandino me dijo «poema que no diga nada, a la chingada». Y es donde cuesta trabajo, porque como los niños, que juegan a los dados con las palabras bonitas y los colores pero que finalmente no dicen



MG

nada; se es un niño que nada más está poniendo dados en orden, a veces visual pero no de fondo, no de sustantivo. Entonces, me parece que es más difícil, y yo así lo practico, con cuidado, sin perder lo visual pero buscando siempre el fondo. Si lo he logrado no lo sé, pero en el trabajo estoy, básicamente por el respeto que tengo del fondo, de las palabras, de lo que dicen.

Como sabemos, ninguno de estos dos géneros —poesía y narrativa— son cosa fácil. En todo hay que trabajar, sólo que la na-

rarrativa, al menos a mí, se me da más fácil que la poesía. Tal vez por estar ocupado en decir algo en poquísimas palabras, en abarcar mucho con tan pocos brazos, como si fuera un arbolito; ahí es donde dices: «esto es lo difícil y esto es lo que quiero, retos». Digo «árbol» y en el caso de la narrativa puede ser un gran árbol, un árbol frondoso, y en el caso de la poesía no deja de ser árbol, puede ser bonsai, tan hermoso y tan frondoso, abarcando todo el concepto de la palabra «árbol», pero en pequeño y con cuidado. Porque requiere mucho más cuidado que una ceiba, que un macapul, que un guamúchil.

Alcohol y geografías

Mi geografía física y literaria, mis elementos que he sabido o podido recoger para fundar o cimentar y crear algo, es básicamente lo mismo para las dos cosas: vida y literatura. Mi entorno físico lo encuentro en lo que leo, en lo que vivo: la noche, la ciudad, sus callejones más que sus calles... Por otro lado, el mar y los cuerpos —que es otro mar y otro callejón también.

Todo mar tiene agua, pero en el caso de la metáfora de mar que se pretende, el líquido es el alcohol, inflamable como la poesía o el cuento —sobre todo el cuento breve—, como si quisieras abarcar la

Era mayo y las lluvias se habían retrasado *Miguel Ángel Hernández*

Bajé la escalera de caracol ideando qué decirle a don Juanito para que me dejara salir. No quería; el reglamento, la directora y quién sabe qué; hasta ofreció traerme la medicina que yo había inventado, pero le dije que la receta estaba en la farmacia y me la iban a conseguir, es más, no sé ni cómo le hice para llorar. Total, me dejó salir.

Cómo no recordar esa tarde. Apenas iba a sentarme, cuando mis compañeras insistieron en que volteara a la puerta. Me sorprendió tu presencia. Nadie que no fuera del Instituto podía entrar. A señas, indicaste que esperarías afuera, y sin darme tiempo a nada, ya no estabas ahí.

Te encontré en el parquecito, en la banca de siempre; te veías muy bien en ropa de vestir, pero así como preocupado, nervioso. Después de un abrazo susurraste a mi oído que tenías algo importante que decirme, pero no ahí, teníamos que ir a un lugar donde estuviéramos solos.

Te dije de mis cosas, que estaban en el aula y si entraba ya no me dejarían salir. Tú decías que mañana cualquiera de mis compañeras me las entregaría.

Sin darme cuenta cómo, ya estábamos en un taxi. Indicaste un rumbo al chofer y hacia allá enfiló. No hablamos, nos sudaban las manos a los dos. Cuando ya íbamos por la avenida Gallo, dijiste al taxista que nos llevara al Lomas Altas; yo pensé en un parque grande, bonito, lejos y lleno de viento. De pronto el auto dio vuelta y entramos a un lugar lleno de coches. Exaltado, ordenaste que bajara y entrara rápido para que no me viera nadie. Pensé que algo malo pasaba y te obedecí.

Por aquel tiempo te me hacías lo más grande: como hablabas, como mirabas, y cuando por la calle ponías tu brazo sobre mis hombros, me sentía ligerita, como si de repente fuera a volar.

Me diste un beso en la boca, tierno, apenas sentí el roce en mis labios. Luego, enlazados de la cintura, fuimos

ascendiendo por aquella escalera. Abriste la puerta que estaba al final y entramos en un cuarto muy bonito, no se me olvida: todas sus paredes en blanco, su alfombra roja y la cobija que cubría la cama, en blanco también. Eso fue lo que me asustó: la cama.

Tras nosotros se cerró la puerta y ya estabas besándome el cuello, la orejita de conejo como tú decías, los ojos, la nariz, la boca y... que tocan. En voz baja dijiste que me pusiera cómoda, entreabriste la puerta y te oí pedir «un sidral y una coca». Esperaste de espaldas a mí hasta que trajeron los refrescos. Te recostaste sobre la cama y, al tiempo que desabotonabas tu camisa, insististe en que me pusiera cómoda. Te dije que así estaba bien. En realidad, era desesperante estar revolviéndome en aquel banco que estaba frente al espejo que tenía foquitos alrededor, ¿te acuerdas?

Alargaste la mano izquierda y sin dejar de verme movías unos botones que estaban incrustados en la pared. Se oyó una música lenta, suave; entonces lo supe: era un radio.

Tu mano fue hacia la mía y la tomé. Así estuvimos mucho tiempo, nada más viéndonos a los ojos, hasta que lentamente fui a sentarme a tu lado en el borde de la cama. Con tu mano libre empezaste a acariciarme la nuca; cerré los ojos. Como entre sueños recuerdo tu voz que decía «relájate, relájate», yo creo por eso no opuse resistencia cuando liberaste tu mano para tocar mis senos. Cuando me di cuenta ya estaba acostada y tus manos iban por mí del cuello a los pezones, del vientre al bajo vientre. Tus labios, de mis ojos a la nariz, a la boca, la orejita de conejo y de vuelta al cuello. Nuestros gemidos ya no me dejaron escuchar los consejos que, desde la pared, Nicola di Bari daba a las niñas tontas. Y cayó la blusa y cayó el brasier y forcejeamos por mi falda y tu pantalón y me solté llorando y le grité a mamá y los dos caímos sobre la roja alfombra.

Mientras me resistía y con la pantaleta quitada de una sola pierna, entre suspiros y sollozos, fui, primero, dolorosamente tuya. Después, entre un solo suspiro, un solo sollozo y muchos arañazos a tu espalda, aunque no te diste cuenta, fuiste mío. A eso siguió un llanto quedo y el golpeteo de tu corazón contra mi pecho. Parecía que se te iba a salir.

Entre dientes mascullaba cosas: que te acusaría con mis papás y otras. Tú sólo acariciabas mi pelo, secabas el sudor de nuestra frente con una punta de la cobija que ha-

bíamos arrastrado en la batalla y murmurabas «cálmate, cálmate».

Cuando por fin te separaste, dirigí la mirada a mi parte adolorida. Solté un grito cuando vi la sangre que manchaba mis muslos. Tu mano fue rápida y fuerte para tapar mi boca. Tratava de morderte, te miraba con odio. Tú me decías que me calmara, que también habías sufrido. Voltee, te vi también lleno de sangre y, tonta, te creí. Poco a poco dejé de forcejear y tu mano aflojó. Luego, te abracé y los dos caímos en la cama. Acurrucada en tu pecho, tú me acariciabas la espalda, ninguno de los dos hablaba.

Corrí el llanto. Desde la pared, un locutor gritaba con *Un gran amor y nada más* concluía otra edición de la hora de Nicola di Bari, «hoy por hoy el mejor en lo que va de este maravilloso 1976...».

Por la ventanilla... ¿te acuerdas que había una ventanita, muy alta, casi pegada al techo? Ah, bueno, pues por la ventanilla el sol había cedido el paso a las sombras y éstas ya inundaban el cuarto como pequeños fantasmas que amenazaran con crecer.

Nuestras respiraciones se habían calmado, ya no sudábamos, pero yo no dejaba de llorar, eso sí, muy quedito.

Quizá por la recién entrada sombra, porque mi cara se escondía entre tu pecho y mi cabello, o simplemente porque no eras adivino, ni cuenta te diste de la sonrisa que jugaba en mis labios, no pudiste siquiera imaginar en las simplezas que andaba volando mi pensamiento: me hubiera gustado que lloviera aquella tarde, pero no, era mayo y las lluvias se habían retrasado. Eso pensaba, ¿tú crees?, pero confundiste el llanto, y yo ¿qué podía hacer? Fue entonces que dijiste «está bien, vístete y vámonos». Y fue también entonces que yo dije «no, hay que quedarnos otro ratito».

historia de alguien, que es un mundo, en unas cuantas cuartillas. Y no olvido el poema breve, el haikú, o las líneas deslumbrantes, breves, ceñidas de algunos poemas de Francisco Hernández.

El alcohol es preponderante en *Caja vacía de cerillos* y *Pobres del antiamor*, aunque tal vez no es lo acertado. De hecho sé —no solamente creo— que los vicios también son alimento, y de repente no nos queda más que ese alimento, no para evadir sino para estar inmersos en lo que pasa en el centro y alrededor de uno mismo. No necesariamente es una llama vivificadora, un elemento para transformar y transgredir ciertas cosas. Como vida, pretendo al menos —no está en mí afirmarlo— que vivir es vivir a gusto con lo que eres, con lo que tienes y hasta con lo que no tienes, lo que añoras, y eso es el agua, el alcohol en el que te deslizas. Sin embargo, muy contradictoriamente a esto que aparece en mis textos, poesía o narrativa, he de decir que no puedo escribir borracho. Lo he intentado, como todos los borrachos, o los no borrachos, porque sería decir mucho de uno mismo, o agraviar a los borrachos en contraposición conmigo. Creo que así se vive, pero se escribe —al menos yo lo hago— totalmente sobrio.

Cuando tengo un proyecto y me aplico en él —que no son las musas, porque éste es un oficio como hacer zapatos—, lo hago siempre sobrio, «no me vaya a cortar a la hora del pespunte» sólo por andar borracho. Borracho se vive pero sobrio se escribe lo que realmente es rescatable del naufragio de vivir con o sin alcohol. Es tanto como... un ejemplo en corto: te pones una gran borrachera y escribes una cantidad de tonterías y al otro día ni tú mismo te entiendes, no sólo porque tengas mala caligrafía sino porque escribes una serie de incoherencias. Amaneces con la resaca y ves a un chalán de albañil —ahí se aprende el oficio, de ahí vengo, y pongo este ejemplo porque lo vi—, ves al chalán de albañil con el cedazo toda la mañana y parte de la tarde, bajo el sol, echando la tierra, la arena sobre el cedazo y va cayendo lo finito; todo lo que es basura, que son piedras, lo tira en otro montón, un montón que desecha. A la hora de la hora llega otro chalán y sólo recoge lo finito, lo que quedó del trabajo que es un oficio; el oficio de la gente más hu-

milde, pero que también le da perfección y pureza al trabajo que desarrolla. Eres el albañil y el chalán, los dos al mismo tiempo, y creo que, si se quiere hacer algo como literatura, no puedes hacer una bola de tonterías y luego encargárselas a alguien para que te las pule. Ése es un asunto de taller para principiantes, pero por eso mismo los talleres no deben durar tanto tiempo. No se la va a pasar un coordinador de talleres «peinándole los cabellos al niño despeinado».

Yo creo que el taller debe durar seis meses, con dos sesiones semanales de dos horas cada una. Cuando coordiné el taller donde estuvieron Ernesto Lumbreras, José Carrillo, Fernando Franco, Carla Gómez Jones, Jesús de Loza, entre otros, trabajábamos los lunes con material propio y otro día de la semana invitaba a sesionar o a que coordinaran otros escritores —muy diferente de lo que yo hacía—. Estuve apoyado por Ricardo Castillo, Rafael Torres Sánchez, Jorge Esquinca. Y luego también participaba gente que hacía traducción: el propio Jorge Esquinca, María Palomar, Lucero Palomera. Leían los textos en inglés, francés, italiano y luego mostraban la traducción; conocíamos el texto en su lengua original, comentaban la musicalidad, los sonidos y cómo iban trabajando para lograr que el texto traducido no perdiera, en lo posible, lo que decía en su lengua materna. Fue un aprendizaje y un respeto al trabajo del poeta y del traductor, que enriqueció bastante al taller.

La infancia

(Niña de blanco. / Extraño caso de luz: / la infancia)
¿La infancia es un pequeño paraíso que nunca podremos recobrar, sólo vislumbrar? ¿La infancia está llena de esas pequeñas mezquindades que hacemos sin darnos cuenta? ¿Es un claroscuro ese paraíso? Hay un claro y un oscuro, pero no un claroscuro; depende de quién esté ahí. De principio creo que la infancia es una cosa que no perdemos u olvidamos por ahí; y si somos capaces de rescatarla de cualquier pantalón roto de aquellos tiempos, pues seremos, en la peor de las miserias o en la peor de las oscuridades, la luz.

El texto «Niña de blanco» es un poema dedica-

do a una hija mía con leucemia, por eso es niña de blanco, pero ella fue feliz el tiempo que duró, y fue la luz aunque yo fuera la oscuridad. En ese sentido el claroscuro está bien, pero yo ya no era física o fisiológicamente un infante. De ahí el claroscuro: hay un claro y un oscuro, pero con todo y sus oscuridades, la infancia es una luz.

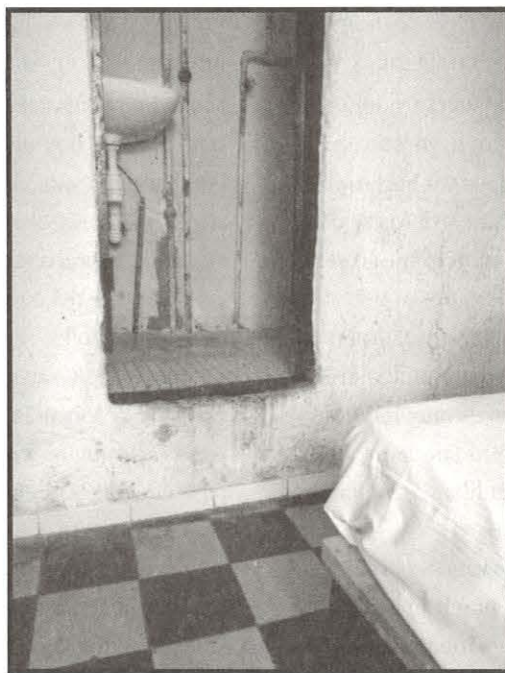
El amor, el desamor:

Polvos del antiamor

Parecería que en estos poemas está perdida la parte amorosa, pero creo que está

bien definida amorosamente. Es lo que somos, o soy: un ir y venir de aquí para allá. Pero no podemos irnos como un cualquiera, con rencores. Hasta para decir «chinga tu madre» hay que hacerlo en el momento exacto y no estar chingue y chingue uno a su propia madre diciéndolo en repetidas ocasiones. Hay que irse como se estuvo: amorosamente. *Polvos del antiamor* es más un desencuentro físico con un encuentro sentimental, así de cursi. Cada que viene o se va el tren, es porque estás llegando a otro lado o ya te fuiste. Por eso el encuentro y el desencuentro. Es ahí, en el final, donde se da. Si se va el tren es porque ya te quedaste; si viene el tren es porque te vas, y las dos cosas son motivo de alegría y de esperanza.

San Blas ha sido durante veinte años un punto de partida y llegada. Antes me hospedaba en el hotel de una vieja amiga. Desde hace un año tengo esta casa que me ha servido para trabajar, cuidar mi hortaliza y a veces zarandear un pargo, y con los amigos —el dueño de El Perico Marinero, algunas amigas viejas como sus carnes, con sus historias y amantes del puerto— nos reunimos a platicar; más que platicar, escucho sus vidas, que ya se van entremezclando con la mía. Pero también tengo un taller al que asisten vagos —y lo digo de ver-



MG

dad, porque lo son—, chiquillos de 14, 15 años que llegaban a la casa a platicar conmigo. Vagos, porque propiamente no hay «niños de la calle». Chavos que son más inteligentes que el común denominador y que por lo mismo, dada la intolerancia con los más de cien años de retraso en la educación que tiene Nayarit, pues son separados de los grupos, con esto quiero decir expulsados. Pero resulta que esos expulsados son precisamente los inteligentes, a los que no se les toleró y tuvo paciencia. Entre estos chavos

hay uno que reparte pan en su bicicleta, se llama Abel y es la imagen misma, en los ojos, de García Lorca. Un chavo que corren de la escuela y le dan unos madrazos en su casa porque dijo el maestro que lo corrió por vago, sólo porque acabó primero y no hallaba qué hacer más que divertirse; pues hay que tomarlo en cuenta. Además me llamó la atención porque es un versificador lépero nato. Va por la calle en su bicicleta con la canasta de pan, dándole carrilla a los no pocos homosexuales que abundan en todos los puertos, pero todo versificado. Un día platico con él, me dejó ganar a los volados y después se los empiezo a ganar, bajándole el pan. Y este pan tiene otro significado, como alguna vez diría en un poema Javier Ramírez: «la poesía es el pan que nadie compra».

*Final con cazón a las brasas,
dos chelas de por medio*

Propondría que se pusiera a la entrada de las escuelas —no nomás de letras, en todas, donde a veces se olvida lo que la literatura tiene de goce y se convierte sólo en objeto de estudio—, que primero hay que gozarla y después estudiarla. Eso es lo que en veintidós años de dar clases en la Universidad de Guadalajara, en la Preparatoria Vocacional, he aprendi-

do. Primero hay que gozarla y quererla. No se puede querer algo que no conoces, que no disfrutas y entra como los zapatos nuevos, a la fuerza y doliendo, haciendo ampolla. Lo que primero hago y he aprendido a hacer es abolir a los clásicos y a burlarme de mis primeros maestros de literatura, y de los de ellos, por supuesto; porque llegan a mí en quinto o sexto semestre con esa mentalidad de que sus maestros llegaron diciendo: la clase es así porque el programa lo dice, y vienen los clásicos. No entienden el lenguaje —y eso es cierto—, el suyo es muy recortado, limitado, se reduce casi al ámbito familiar y al del barrio, al del montón, de la pandilla. Escucha una plática entre ellos y lo único que oyes es —es más, es sólo un rumor— como quince veces «oye güey» y «entonces qué onda» uno para nombrar al interlocutor y otro para proseguir una plática que no logra concretarse, o a la mejor entre ellos sí, en esa especie de galimatías. Tal parece que sus códigos y su léxico se reduce a eso. Y llevarles el *Quijote*, *Esquilo* o *Electra* es revacunarlos contra la literatura, sin saber lo que se pierden con esos tres ejemplos.

Yo empiezo a leerles narrativa, sobre todo, y aún más, historias de jóvenes de todos los tiempos, que son ellos mismos y donde se encuentran a la vez, en esas historias. Historias lúdicas que les encantan y de ahí empiezan a interesarse, a preguntar títulos, autores. Después ya comenzamos con «la otra literatura» —como a veces me han dicho—, la que marca el programa de estudios, pero ya con ánimos y gusto por leerlos. Pero sí, empiezo con las cosas que les atañen, situaciones como la primera experiencia sexual, la primera borrachera, etcétera. Su lenguaje y experiencias cercanas reflejadas en otra persona que es como ellos. Por mencionar algún autor, José Agustín con su noveleta *La tumba*.

También otro problema es cuando entras al género de la poesía. Muchos creen, y lo externan, que quien escribe poesía es «puñal». «Sí, y qué», les digo, y ellos se ríen. Pero en serio, sí creen eso. Hay una pared impuesta, mal impuesta sobre la poesía, porque su última razón para no leerla es que no sirve para nada, y ahí es donde combino una historia, un cuento, que seguramente pasa mientras lo estoy contando, porque la poesía sí sirve para algo, y entre

muchas cosas les digo ésta: Es noviembre. Imaginemos que hay en ésta, como en toda aula preparatoria, una chica sexi, bonita y sicótica. Imaginemos también que hay el clásico feo, lentes de fondo de botella, flaco, chaparro y enamorado de ella. Amor imposible sería el resultado lógico. El muchacho guapo de la prepa, el de «conejos» brillosos, el centro delantero del equipo de fútbol, es el mero ganón de ese «pimpollo». Pero el amor no es mezquino y el muchacho feo hace siempre los trabajos del niño bonito y la consuela y le dice que el conejudo reluciente sí la quiere, y que si le pasa con otras es nomás para cucarla, y que ya no llore, que mañana vuelve. Y en una de éstas el guapo vuelve, la toma de la mano, le sonrío y caminan los tres a la parada de los camiones; él toma uno a San Pedro y cuando se va, suspira; ellos toman uno al centro y cuando se bajan echan a andar. Mientras atraviesan el jardín Aranzazú, ella levanta la vista al cielo y al ver aquello dice: «¿Ya viste?» «Sí —contesta él—, pinche cochinerito.» Los dos callan y siguen caminando. No transcurre una semana cuando él le vuelve a pasar con otra y la planta y ella se baña en llanto, y el feo le dice que ya no sabe qué decirle y le ofrece sin palabras el apoyo de su hombro y echan a andar. Llegan a la parada del camión, pero ahora, aunque él sabe que se va a regresar a pie, sube con ella y se bajan en el centro. Mientras atraviesan el jardín Aranzazú, por quién sabe qué designios, ella levanta la vista al cielo y, al ver aquello, dice: «¿Ya viste?» «Sí: en su afán de mariposa, del árbol se cae la hoja», contesta él. Los dos callan y siguen caminando. Mañana en la prepa todo será igual; excepto por el muchacho guapo y conejudo, que ya no tendrá novia. Para eso sirve la poesía, también.

En la mesa de la palapa (y sigo dudando que Miguel ayudó a hacerla) quedan, entre los restos del cazón, conchas de ostiones, media botella de ron y algunas «ballenas» vacías, dos cigarros... No hay luz y podemos ver la diminuta del faro. Tomo un cigarro y la cajetilla de cerillos. Está vacía. Me acuerdo entonces del último poema de ese libro: *Cuando oscuro, de una caja vacía de cerillos / sacábamos para alumbrarnos / una palabra.*

Poemas

Humberto Ak'Abal

Wachib'äl

*Pa ri ja' kinwil ri nuwächib'al,
Man are ta wa' ri nupalaj ri kawilo.*

Ri ja' man are wachib'ül taj.

*Ri qas in
K'o naj jela'
ri xa in.*

Ukayib'al ri ja'

*Kintzukuj ri nunonoch'
kinriq pa ri ja'.*

*K'o nuq'ab' re che',
k'o nuxaq,
in, in che'...*

Mi rostro

En el agua veo mi rostro.
No este que ves.

El agua no es espejo.

Mi puro yo
está más allá
de lo que soy.

Color de agua

Busco mi sombra
y la encuentro en el agua.

Tengo ramas,
tengo hojas,
soy el árbol...

Humberto Ak'Abal (Momostenango, Totonicapán, Guatemala, 1952). Ha publicado los libros de poesía El animalero, 1990; Guardián de la caída de agua, 1993; Hojas del árbol pajarero, 1995; Lluvia de luna en la cipresalada, 1996; Ajkem tzij/Tejedor de palabras, 1996; y Retoño salvaje, 1997. Ha sido traducido al francés, inglés, alemán e italiano. Sus poemas han aparecido en periódicos y revistas de Guatemala, Centroamérica, México, Estados Unidos, Venezuela, Brasil, Colombia, España, Francia, Aus-

tria, Suiza, Alemania e Italia. Guardián de la caída de agua fue nominado el libro del año y galardonado con el Quetzal de Oro en 1993 por la Asociación de Periodistas de Guatemala (APG). Diploma Emeritissimum 1995 por la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Es Premio Internacional de Poesía Blaise Cendrars 1997, Neuchatel, Suiza. Los poemas que se publican fueron tomados del libro Tejedor de palabras (Praxis, 1998, 3ª ed. bilingüe maya y español).

*Kinɔwuil ri kaj
jene' k' uri kurul ri che':
je kaɔwachin ja'.*

Y miro el cielo
como lo miran los árboles:
color de agua.

Keb' ub' oqoch

Dos ojos

*Keb' ub' oqoch
ri kaj.*

El cielo
tiene dos ojos.

*Man kakwitaj karil ruk' ri keb',
ke'yoɔwajik.*

No puede ver con los dos a la vez,
se eclipsan.

Ukayib'al

Colores

*Ri ukayib'al re ri qakem
man keqolow taj:*

Los colores en nuestros tejidos
no destiñen:

ɔwi keq'elozwik.

sólo envejecen.

Kinrayij

Quisiera

*Ri e chikop kakib' an ri kib'ix
pa taq ri kirapinik
are jampa' kerapapik kekisinik.*

Los pájaros
cantan en pleno vuelo
y volando cañan.

*Kinwil kiɔäch
kinterene'j ruk' ri nub'oq'och
k'a pa jaɔwi' kak'is wi ri utzam bätz
ri kuya ri nub' oqoch chike.*

Me les quedo viendo
y mis miradas los siguen
hasta donde termina la pita
que les dan mis ojos.

*Kinrayij kimb' an ts'ikin
kinrapinik, kinrapinik, kinrapinik,
xuquje' kinb'ixonik, kinb'ixonik,
[kinb'ixonik,
sib'alaj utz kina'o ɔe kinb'an ri nukis
puɔwi' kib' oxib' sataq'
xuquje' nikyaj sataq chik!*

¡Cómo quisiera ser pájaro
y volar, volar, volar,
y cantar, cantar, cantar,
y cañarme —de buena gana—
sobre algunos
y algunas
cosas!

Dos poemas

Silvia Eugenia Castellero

La Centaura

Cabalgué los siglos necesarios para llegar al otro extremo de la planicie. Fue noche de fulgores: como sangre se deslizaron por las venas. El tiempo era rectangular, y quise agotarlo; pero no había extremo en esa tierra milenaria, no hubo más que galope y un desenfrenado deseo por recorrerlo todo. En la llanura me acoplé al macho, mi torso giraba sobre él, mi talle tan ágil quería ser ala. El caballo, con sus músculos crispados, se enterró para que yo no avanzara, y la tierra junta cedió al hundimiento de sus patas. Sentí capas y capas de arcilla que me cegaron a mitad del mundo. Entonces fui retoño entre la piedra.

Silvia Eugenia Castellero (México, D.F., 1963). Estudió la licenciatura en letras en la Universidad de Guadalajara, y posteriormente un doctorado en letras hispanoamericanas en la Universidad Sorbonne Nouvelle de París. Ha publicado, entre otros libros, Entre dos silencios, la poesía como experiencia (ensayos) (Tierra Adentro, 1992), Como si despacio la noche (poesía), (Secretaría de Cultura de Jalisco, Guadalajara, 1993) y Zooliloquios (edición bilingüe, traducción al francés de Claude Couffon), (Indigo Editions, París, 1997). Fue becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en los periodos 1993-1994 y 1998-1999.

Centauro

Se quiebra el ánfora y
saltan desiguales partes de sol, espinas de cactus,
el torso alargado de un jinete y un potro de cuerpo encabritado.
Remolino convulso parece la bestia: el hombre escapa en
[sombra negra y ámbar,
el caballo toma el camino salvaje con las pezuñas en tropel.
Una luz risueña, sin pudores, arquea voluptuosa sobre el
[derrumbe del centauro.

La sintomatología del lugar

Cristina Rivera Garza

Algunos lloran, algunos corren, otros olvidan sus nombres o usan nuevos nombres, algunos adelgazan tanto como el aire.

Algunos se vuelven religiosos, otros rechazan categóricamente la existencia de Dios; algunos rezan y algunos más hasta se hincan; algunos maldicen, aunque parece que están rezando; algunos viven dentro de la pecera de una muda.

Algunos persiguen las palabras *no hay tal lugar* si son azules; algunos cavilan, preguntándose.

Puede pasar en todos lados: en el cine cuando la luz es irreal; frente a una cajera cuando devuelve el cambio; bajo los cielos más largos; entre cuerpos deliciosamente desnudos en alguna playa del Mediterráneo; en una cita de amor, ya sea enamorado o sin amor; al planear el asesinato propio; al ir a trabajar o al regresar de trabajar; al orinar ruidosamente dentro de baños con mosaicos color rosa alineados en perfecta simetría.

Puede pasar a cualquier hora, todas las horas son propicias: a veces en la mañana bajo la luz anémica que se cuele por las persianas decembrinas; o con toda seguridad en la tarde cuando la realidad se vuelve espejismo, cosa-en-sí-misma, inclinación no deseada; pero siempre en la noche ya sea en

Cristina Rivera Garza (Matamoros, Tamps. 1964). Ha publicado La guerra no me importa (1991) y La más mía (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1998). Ha sido distinguida con el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí (1987) y con el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero (1997).

el sueño o en la falta de sueño, cuando el lenguaje se expande y los relojes detienen el tiempo.

Algunos beben té de menta o té de naranja o té de jazmín en el regazo de octubre; algunos se mueren por papas fritas; algunos coleccionan alas de libélulas bajo inmóviles colchones estrechísimos; algunos prefieren ginebra y no cerveza; a algunos les gusta el café de Java antes del amanecer; otros fuman algo de marihuana o dos cajas de Marlboro *lights*: hebras grises de humo sagrado alrededor, visiones séfiras; algunos más se deciden por pastillas de colores desidiosos o Valium o trescientas aspirinas.

Provoca amnesia, insomnio, afasia, bulimia, anorexia, ataques de nervios, risa inmotivada, comezón en lugares muy peculiares, temores mentales dentro de las manos, pestañas púrpura, ojeras, muslos y senos flácidos, fealdad en los formatos más variados, caras con piel de cebolla tan transparentes y tensas y lisas que inducen miedo o piedad o muy distintas formas del asombro humano.

A algunos se les encuentra en las esquinas, mordiendo las uñas, con los ojos fijos en otro lado; algunos cuentan dedos y olvidan números; otros sudan y se acarician las muñecas con navajas oxidadas, oh tan suavemente; algunos se vuelven guerrilleros, marxistas ávidos, anarquistas, artistas; algunos de hecho disfrazan el dolor y hablan de orquídeas exóticas en paisajes lejanos; algunos hasta pasan por ser hombres normales y mujeres normales; algunos son amables.

Algunos todavía buscan esas esquinas.

Algunos hasta corren dos o tres kilómetros al día persiguiendo esas esquinas.

Siempre preguntan por la puerta más próxima, la

salida de emergencia, la manera más fácil o la más difícil de irse hacia ese lugar, el siguiente, el más verde que..., el verdadero.

Algunos invitan a los vagabundos en la noche como si cortejaran anomalías y cicatrices; algunos congregan a su alrededor adolescentes drogadictos o viejos amantes o mujeres que tienen miedo a clósets vacíos; algunos atraen a muchachos de brazos tan largos que acaban por abrazar a la nada.

Algunos hablan incesantemente.

Algunos callan incesantemente.

Algunos sufren de dolores de estómago, falta de aire, demasiados lenguajes, migrañas, ataques violentos de timidez, discriminación, asma, palpitaciones, estereotipos, demasiados lenguajes, mal aliento, huesos fracturados, nostalgia, acné, mala memoria, demasiados lenguajes.

Ellos sufren incesantemente.

Ellos se hieren a sí mismos incesantemente.

Ellos les hablan a los árboles en el lenguaje de los árboles y a la hierba en el lenguaje de la hierba, a las mujeres en la ola femenina de las palabras y a los hombres en gánzúa viril de las letras.

Ellos viven en Babilonia y Alejandría y Nueva York y Tijuana.

Ellos viven en dos países a la vez.

Ellos oscilan, rebotan, saltan, vuelan y se regresan. Ellos están aquí y no están aquí; ellos están allá y no aquí y tampoco allá.

Ellos hablan de sí mismos en la tercera persona, el plural como metáfora.

Ellos bailan en la cabeza de un alfiler.

Ellos conocen la gravedad de las cosas.

La dedicatoria

Sylvie Koller

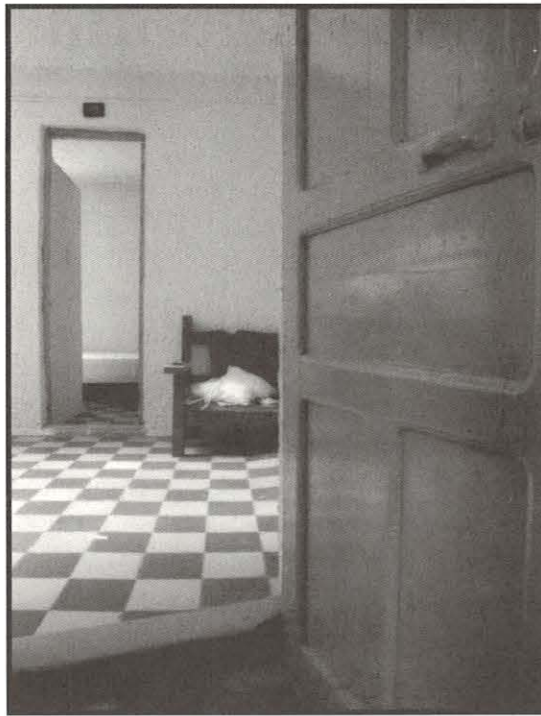
En verano, la clientela es un poco diferente. Menos coleccionistas, menos estudiantes. Más turistas, clientes por azar. Es el barrio el que lo determina así, a dos pasos de Notre-Dame, cerca del malecón del Sena. Hace calor. Ellos entran un momento, hojean las revistas, las obras especializadas. No se atreven a sentarse. El local está oscuro, pero no encienden las lámparas. Poco a poco se acostumbran a la penumbra, leen en la intimidad, cada uno por su lado, el rostro hundido en las páginas, la espalda curvada. Algunos tropiezan, desacomodan las pilas de libros, se suben al taburete para alcanzar los de más arriba. Otros, por el contrario, permanecen absorbidos largo tiempo por la misma lectura, o por el mismo rostro repetido en cada página. Ésos son los que prefiero. Pueden fingir que dudan o imitan al amateur despreocupado: no logran engañarme. En la clasificación alfabética, van directo adonde los lleva su gusto. Los grandes maestros. Las vacas sagradas. Los precursores. Los monstruos. El genio americano. El gigante japonés. La ninfa Egeria, la devastadora, el hada. Pasan por ahí un momento, casi siempre solos. Me cuido de no molestarlos en su *tête à tête*. Me conformo con responder a algunas preguntas. Ahí, en ese librero. Esa edición está agotada. No, no existe más que una traducción al inglés. La mejor biografía, sin duda. A veces sucede que un experto se detiene, uno de esos para quienes los genios y las hadas ya no guardan secretos, pero a los que aún guía la avidez, la sed de detalles, y cuyas manías es necesario satisfacer. Siempre he preferido a los tímidos, los adoradores silenciosos. Al salir, aquellos que no pueden permitirse ceder a la tentación, buscan una mirada benévola, una absolución que yo no les niego. París los castiga. París los impulsa hacia otros

Sylvie Koller (Francia, 1954). Profesora de castellano en la Universidad de Rennes, Bretaña, Francia, desde 1989.

placeres, o a los mismos deseos. Las salas del barrio latino están muy cerca. El verano es la estación de las ofertas.

El área que tiene mayor éxito desde finales de junio es la de las fotografías. Una veintena de cajas al fondo de la tienda, y algunos catálogos en el mostrador. El establecimiento es conocido por esa especialidad. Fotografías de rodajes, de sets, de estudio. También fotogramas, hurtados por proyectonistas poco delicados. La mayoría están en blanco y negro, en papel platinado.

Todo el año, una clientela de estudiantes de liceo y universitarios vienen a surtirse de imágenes fetiche. Las que no pasan de moda se venden bien. James Dean y Marlon Brando mantienen aún su rango y le comen el mandado a Leonardo di Caprio y a Brad Pitt. En ocasiones sucede que algunos aficionados muy jóvenes son atraídos por las grandes difuntas: Ingrid Bergman, Ava Gardner, Rita Hayworth. Las muchachas no son las únicas en derretirse por las estrellas de cine. Las veo salir, esbeltas, flotando en sus ropas amplias, rapadas o hundidas en su cabellera bruta, con tenis. Llevan, envueltas en papel kraft, a las bellezas estatificadas en la amplificación de una carne por siempre extranjera. Me pregunto qué genealogía simbólica liga a esos hombros, esas caderas, esos escotes legendarios, al cuerpo fugaz de las muchachas de hoy. Me gusta ver a unos y a otros escoger, pasar revista a las cajas letra por letra (Bacall, Bardot, Bisset, Bogart, Burton...), tomar la imagen que los estaba esperando y que los deja clavados en ese lugar, levantarla a la altura de su mirada, detenidamente, luego bajarla. Son pobres. Dudan. El tiempo pasa. Romy Schneider es adoptada por centésima vez, en uno de los tres o cuatro trajes con que aparece, mientras que Anna Magnano pasa



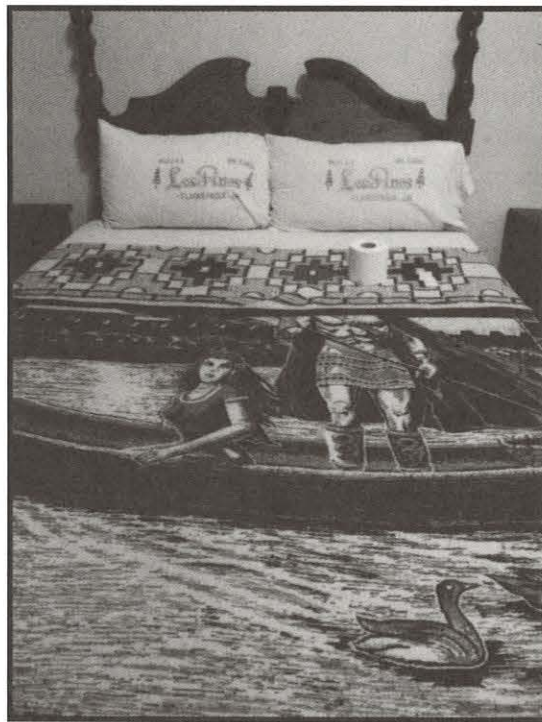
MG

inadvertida. Demasiado oscura, demasiado trágica. Llegó a desear que una vez, una sola vez, una sirena moderna reconozca en Verónica Lake a su hermana de antaño. O que un joven secuestre a Jean Seberg, sentada en un banco, con el cigarrillo en los labios, eterna adolescente. En verano, esa clientela joven se vuelve más escasa. No queda más que una subespecie: los cinéfilos precoces. Ésos se aferran a las colecciones, examinan metódicamente el catálogo «Nueva ola» o «Neorrealismo italiano».

Les hubiera gustado mucho encontrar una imagen de Catherine Ribeiro en *Los carabineros*, la están buscando aún, contra toda posibilidad. Mientras tanto, se consuelan con la foto premonitoria de un François Truffaut joven pero triste, eterno camarada de la melancolía. Esos aficionados regatean, discuten no sobre la calidad del impreso o del cuadro, sino sobre la rareza de la imagen. Se creen justificados por su pasión, por su memoria infalible, irresistiblemente sabios, pero a mí no me gustan nada. Extraño a mis fetichistas y a mis pequeñas enamoradas, perdidos en la contemplación de sus dobles soñados.

Vienen otros, muchos otros, y desde más lejos. Aunque no comprendan la insignia de la tienda: «Estrellas y telas», algo debe detenerlos en sus deambulaciones. El cartel de Kid en la vitrina, la puerta abierta a la penumbra fresca. Vienen aquí a reproducir ese gesto casi maquinal, escoger una imagen, como para autenticar la alegría de estar en París, en Francia, en verano. Por instinto, buscan rostros, peinados y ropa pasados de moda, en gente desconocida que para ellos encarnan la Francia caduca de los manuales escolares. Esos desconocidos se llaman Charles Vanel, Pierre Fresnay, Sylvia Bataille, Micheline Presle, nombres que cada uno murmura

con su acento extranjero. Una frente levantada, un fleco coqueto bajo la gorra; la forma de una boca como ya no se ven en la calle, redibujada con lápiz labial; los botones nacarados de una blusa bajo el riguroso traje sastre. Eso es lo que les gusta. Les gustan las imágenes de parejas. Jeanne Moreau, con los párpados semicerrados, sigue rozando con sus labios la mejilla de Oskar Werner. Kate ama a Jules. Fanny mira partir a Marius en un reflejo gris plata. Mujeres sentadas en sillas de madera oscura,



MG

en viejos bares desaparecidos, beben vino en vaso, y el largo delantal blanco del mesero del café realza su belleza. A veces, al azar de la clasificación alfabética, esos turistas en busca del encanto muy francés encuentran los ecos de sus propias leyendas: Mangano, Mansfield, Mason, Mastroianni, McLaine, McQueen. Me gusta pensar que hacen descubrimientos aquí, que se inspiran en un rostro hasta entonces desconocido, prefigurando a la mujer en que se convertirán después, que hará voltear a los hombres. En ocasiones me dan ganas de guiarlas, de ponerlas en el camino de su ideal. Usted que cojea un poco, intente imitar a Vanesa Redgrave en *Julia*. Si le gusta ponerse vestido rojo, busque del lado de Anna Karina en *Pierrot el loco*, tercera caja. La playa, el encaje blanco del escote. Pero me aguanto. Ese juego de afinidades secretas se juega en silencio. Apenas se desvela por instantes, justo el tiempo para una mirada cómplice, cuando me tienden las fotos seleccionadas: un joven primor, una vampiresa, una esfinge, una arpía fulminante.

Cuando las tardes se alargan, sofocantes, y que nadie se refugia en la tienda para satisfacer su sed de glamour, me pongo a hojear mi álbum imaginario. Me sumerjo con los ojos cerrados en la caja de

las ausentes, a quienes nunca he podido, a pesar de mis esfuerzos, encontrarles una imagen. ¿Serán desconocidas? ¿Olvidadas? En la familia de las actrices rusas busco a Irina Tchourikova, desaparecida de las pantallas desde que el cine ruso se eclipsó. Su chongo de lado, su mirada de pasionaria. Olga, Tatiana, nieves y batallas. El encanto de las mujeres que son bellas sólo para algunos, más tiernas cuanto más despeinadas y desarregladas. Me gustaría saber si mis fetichistas, si mis adoradores,

al igual que yo conceden tanta importancia a la ropa cuando buscan la imagen de lo preferente, lo ideal. Un cuello demasiado holgado, los cuadros demasiado vistosos de una tela estropean rápidamente un rostro. Ciertamente impermeable, por el contrario, puede hacer surgir una melancolía invencible, al punto de magnificar toda la silueta. El puntal de mi almacén imaginario es un traje sastre azul eléctrico, con una falda bastante amplia, plisada, que revuela en las escenas de persecución y que por sí misma ilumina el cubo de la escalera sórdida. El traje de Gena Rowlands en *Gloria*.

La espero. El tiempo me parece largo pero quisiera retrasar la hora de cerrar el negocio, con el fin de concederme otra oportunidad de verla aparecer. Ayer tampoco vino. ¿Qué hubiera elegido ella? La encuentro impredecible, ecléctica. El primer día, sin embargo, había cierta afinidad entre la imagen que ella había elegido y lo que se desprende de toda su persona: Dita Parlo en *L'Atalante*. De ella también se podría decir que oscila entre el cine mudo y las primeras películas habladas. Una muchacha chapada a la antigua, con un rostro que se agranda sin cesar a medida que se le descubre, un rostro maravillosamente pasado de moda. Es la blancura de la

piel lo que primero llama la atención. ¿Adónde va a esconderse en este mes de julio soleado? Las mejillas, la frente son las de un Pierrot lunar, pero el matiz salvaje de los cabellos anima esa palidez, parece de pronto despedir reflejos rosa. Cabellos que parecieran haber sido ondulados con pinzas, o más bien rizados. Bajita. ¿Menuda? La redondez de los hombros, de los brazos, desmiente la finura de la cintura. Mientras ella busca su felicidad de la A a la Z, yo miro su nuca, donde debe flotar el vello ligero de las mujeres de cabellos cortos. Percibo sus manos —manos muy cuidadas—, esperando el instante en que ella finalmente voltee y se acerque. Entonces, veré sus ojos. Para apreciarlos mejor, tendría que encender la lámpara del mostrador, pero no quiero correr el riesgo de mirarla demasiado. No sé qué color tendrán sus ojos a algunos metros de aquí, en la luz cruda del verano; cuál se impondría entre el gris, el azul o el verde. Todo lo que alcanzo a ver de ellos es una duda que da a ese rostro un aire distraído. El rostro propio de la heroína ingenua, aquella que levanta los ojos al cielo y se retuerce las manos en un gesto convulsivo, o se desmaya, o se lanza a los brazos de alguien. Sin embargo, nada de eso sucede. Tranquilamente, me da la fotografía que eligió, una sola foto en cada una de sus visitas. Ella pregunta cuánto debe, aunque el precio sea siempre el mismo. Paga, yo le doy las gracias, sale. El día en que ella eligió a Simone Signoret bailando el vals en *Casco de oro*, no pude evitar señalarle otra fotografía, sin duda tomada durante el rodaje. La boa de plumas, los labios pesadamente pintados, el Gai-loise en el extremo de la boca. La chica sonríe. «Prefiero la otra.» Por su acento, me doy cuenta de que es extranjera. Española, tal vez, o sudamericana.

Hace dos semanas que vino por primera vez. No viene todos los días ni a la misma hora. Siempre está sola, pero ahora temo verla llegar acompañada. Tampoco me gusta que venga a la hora en que los clientes son numerosos, porque la pierdo de vista. Cuando se queda ahí sola por largo tiempo, abstraída, sin pedir nada, intento apoderarme de algún nuevo detalle. La manera que tiene de apoyarse sobre una sola pierna mientras mira las fotografías, la otra rodilla ligeramente flexionada. La pequeñez de

la oreja. La amplitud de la frente. Se viste con sencillez, casi humildemente, pero siempre con un ligero toque anticuado, sin por ello asemejarse a las mujeres que frecuentan las boutiques de ropa usada antigua. Duda en la elección de los colores, a veces mal combinados. Calza zapatos de tacón demasiado alto para su estatura. Nunca le he visto una joya. Cuando se va, su imagen parece depurarse, variar a blanco y negro. Como si se confundiera con todas las imágenes de actrices que se lleva —una cada vez—, con las que intento encontrarle el parecido oculto. Lo que guía su elección permanece en el misterio para mí. Katharine Hepburn en *La falena de oro*, Ingrid Bergman en *Stromboli*... Una fotografía de mujer, eso es todo lo que me une a ella, lo que la hace volver aquí fielmente.

En los intervalos entre sus apariciones, rápidamente empecé a construirle una filmografía. No le asigno ningún rol preciso, me basta con imaginar alrededor de ella una escenografía inamovible, congruente con algunos de sus rasgos. A veces me inspiran sus ojeras, que sobre esa piel delicada hacen pensar en rastros de golpes. Otras veces me llama la atención un poco de lápiz labial que desborda el labio inferior. Primeramente me la representé en una película de Prévert y Carné. Viviría en un cuarto del que lo más vistoso sería un biombo y la ventana abierta sobre los techos de París. Detrás de ese biombo ella se desvistiría y, con suerte, se vería volar su fondo en la punta de su brazo blanco (porque ese tipo de chicas usan fondo). A veces, ella se pintaría los labios mirándose en los cristales de la ventana, un poco de perfil, y ese gesto acelerado, maquinal, traduciría su gusto por el sueño largo. Darse una «manita de gato» en pocos minutos, antes de bajar para tomarse un café en la esquina. Partir dejando la cama destendida. Desde que se llevó la foto de Harriet Anderson en *Un verano con Monika*, intento imaginar escenarios más oscuros. Las ojeras me hablan de otro lenguaje. Un bar, al lado de la Bastilla. Algunos muchachos alrededor de ella, muy entrada la noche. Ella fuma. La veo usar un pequeño encendedor renuente con el que se encarniza, y echar de pronto la cabeza hacia atrás, aspirando golosamente la primera bocanada. Lleva esa falda rojo cereza, amplia y corta, y de la

mitad de los muslos hasta los tobillos le corren venas azules bajo la piel lechosa. Voluble, un poco vulgar, juega con su acento sudamericano. Al día siguiente, en las horas huecas de la tarde, pasa a la tienda. Nada transpira de la noche demasiado corta y del alcohol. Es casi una jovencita educada, bien abotonada, que sale con un retrato de Lucía Bosé. Esta vez se quedó durante más tiempo, dudando, como desconcertada. Un día vendrá, tal vez, en el



MG

que ningún rostro la retendrá. ¿A quién busca? Las actrices francesas, a excepción de las más conocidas, no le atraen. Quisiera que hubiera, dispersas al azar en las cajas, caras nuevas que la sorprendan. Que de visita en visita aprenda a desviarse de las grandes damas, a que le gusten las bellezas menos consagradas: Corinne Marchand en *Cleo de cinco a siete*, Bulle Ogier en *La salamandra...* Yo le invento series compuestas a partir de afinidades subyacentes, por ejemplo, rubias epicúreas: Marina Vlady, Marie Dubois, Hanna Schygulla. Tantas de entre ellas, desafortunadamente, no llegan al llamado. Me parece reinar en un harem languideciente, en el que faltarían las cautivas más bellas.

Me gustaría llevar a mi extranjera todas las tardes al cine, a la última función, para ofrecerle la curva de un hombro y el grano de una voz. Consulto las carteleras, dudo. Tal sala, con sus butacas de terciopelo, sería para ella un escaparate natural, pero está al otro extremo de París. En tal otra, el programa es el más adecuado para mis fantasías secretas: la reposición de *Le jour se lève*. Pero la fila es interminable. No quiero hacerle conversación a mi extranjera, caminar lentamente en la banqueta con ella. La necesito primero en la oscuridad. Muda. Me

gustaría un poco húmeda, lo que elimina las salas con aire acondicionado. Sobre todo, butacas sin brazos. Ella no diría nada, pero su sonrisa, un soplo oprimido, una lágrima —¿quién sabe?— me la volverían más cercana aún, más carnal.

La espero. Ya elegí. El sobre está ahí, al alcance de la mano. Tengo todo previsto, todo calculado. Cuando venga, la dejaré ir al encuentro de su preferida, morena o rubia, estrellita o monstruo sagrado. Ella se acercará para pagar. Como siempre, deslizaré su fotografía en un sobre en papel kraft y se la ofreceré, sin derogar nuestras propias costumbres. Una sonrisa, un agradecimiento. Ella saldrá. Más tarde, en la calle asfixiada de calor, o en esa habitación cuya cama está deshecha, abrirá el sobre para mirar a la elegida del día. Al sacar esa fotografía encontrará la otra que yo escogí para ella en mis archivos personales. Intrigada, la mirará detenidamente. La volteará. Al reverso escribí estas palabras:

Simone Renant en *Quai des orfèvres*, de Henri-Georges Clouzot (1949), sesión del jueves a las 22 horas en el cine Champollion, calle des Écoles.

Con toda mi admiración,
Dora.

Sin título

Ricardo Yáñez

Al centro de la llama
el alfabeto
arde secreto

Ciencia y no ciencia
que deja al corazón
en transparencia

Llega fluyendo
y en un soplo encendido
me va diciendo

Si de la vida
se halló el oro molido
cuándo se olvida

Ricardo Yáñez (Guadalajara, Jal., 1958). Ha publicado los poemarios Divertimiento y Ni lo que digo, entre otros.

Las ambivalencias de José Luis Malo



Entre el día y la noche

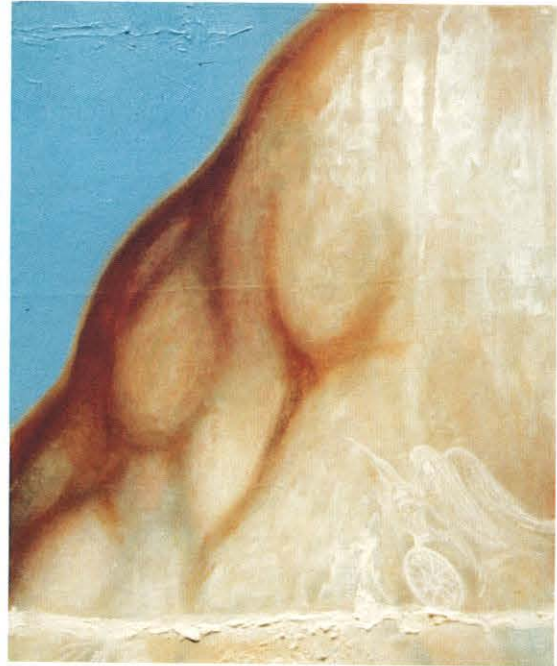


La obra de José Luis Malo es ambivalente, y lo presume. Con José Luis Malo no estamos ante una pintura tímida sino ante un pintor que se atreve. Un poco menos de parte de la técnica, que la siente suya (excelente retratista, magnífico en los medios tonos, magístral en el manejo de la luz y las gradaciones del negro), mucho más del lado del tema, donde busca, desaforadamente, que los mitos clásicos y las imáginerías populares de antaño se hagan un lugar en los espacios de lo contemporáneo. Ambivalencia en José Luis Malo no es ambigüedad, indefinición, o duda; es, sin tamices, el propósito de que dos mundos coincidan en la tela, oponiéndose pero sin chocar, tocándose sin fundirse, conviviendo en una tensión sin tregua en un espacio donde cada uno conserva sus valores, ambos valores, *ambivalentemente*.

Un cristo indigente no deja de ser cristo por estar haciendo malabares de ciego con huevecillos de colibrí, y no abandona su condición de indigente anónimo aunque también sea cristo (*Repartidor de almas*). Los cincuenta cuadros con cuervos parecieran aludir a la muerte,

unívocos, contundentes en un solo color de existencia; pero los cincuenta cuadros con colibríes iluminando la vida, equilibran la balanza para que una sola vía no predomine, para que el sincretismo no se apodere de la obra de José Luis Malo, y para que los extremos se toquen sin transmutarse.

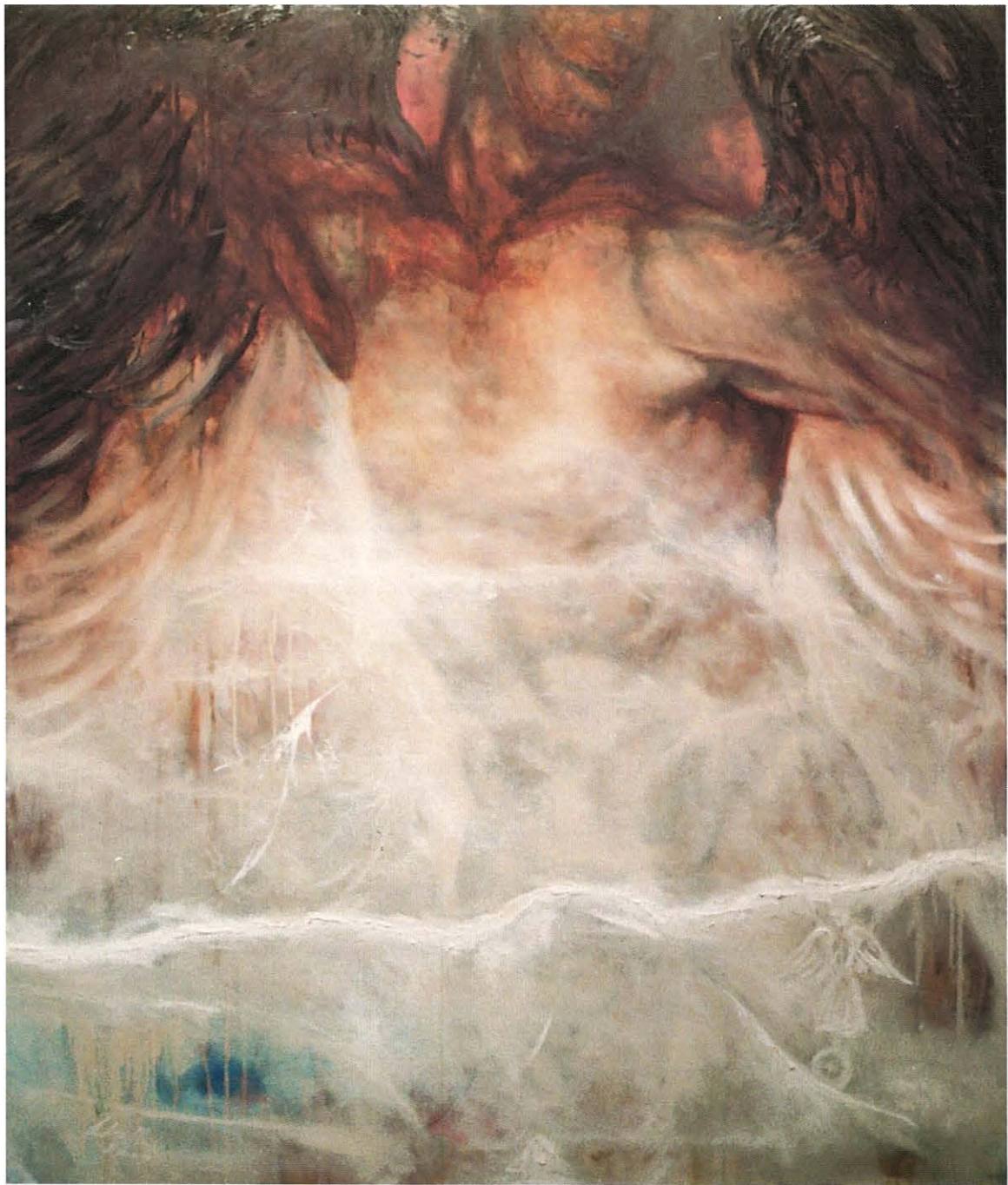
Muchas metáforas de la ambivalencia. El aire renacentista y la presencia de lo moderno acuden a una misma cita temática y técnica; la blasfemia que se cuida de la herejía, y los colibríes angélicos que siguen siendo colibríes aunque ya sean ángeles; los huevos de la serpiente primigenia del Paraíso dan hijos humanos que provienen de mujer vivípara, por intercesión de la manzana que le ha dado a su desgracia alas de ángel (*El pecado de Eva*); una vieja de tronco árido es una biología marchita, a la que se le agrega, sobre una pared que la acompaña, el dibujo de una planta verde, viva, con flores blancas a las que acuden los colibríes que emigran del libro que ella cierra (*La loca del colibrí*); a un hombre de carne y hueso, cotidiano y común, lo acompaña un ángel etéreo, con sus tres angelitos y colibríes, que son ánge-



Rituales diurnos I y II



Cantos de alas



Nacimiento de alas

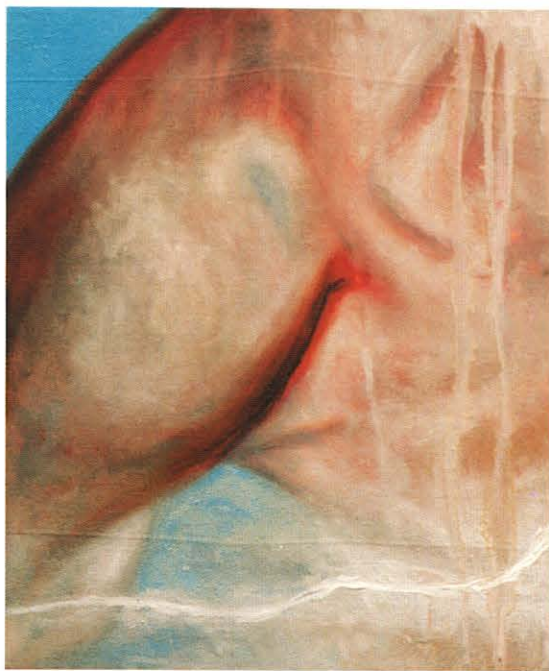
les y colibríes simultáneamente, para recordar que la vida tiene tres etapas y que en cada una de ellas se renace (*Un ángel y sus tres sorullos*); y, para no seguir indefinidamente, en la mesa del comensal, que un ángel sobrevuela, mientras irrumpen cuervos por una efracción en la ventana, han sido dispuestas las viandas, un cerdito con guarnición de los huevos de serpiente, pollo, pescado, y una maja desnuda recostada de espaldas, de apetitosas carnes, con una flor en el pelo (*El último bacanal*)...

Las imaginaciones plásticas de esos cuadros son apenas unos cuantos botones de muestra de la forma en la que José Luis Malo utiliza sus temas, muchos de ellos de pintor laico muy sagrado, sin que sus elementos pierdan su «valor de origen», convocándolos «tal como eran», sin forzarlos a que se modifiquen al gusto del artista; y, al mismo tiempo, colocándolos, sobre todo si son disímbolos o antagónicos, en un marco que habitan sin superponerse, sin anularse, sin invadir terrenos ideológicos de lo otro, de los otros. En una Anunciación, José Luis Malo hará que el cielo y la tierra tengan un punto comu-

nicante, lo del cielo viene de allá, lo de la tierra se va para allá, pero no hay ninguna posibilidad de que una cosa no sea el cielo y otra no sea la tierra, imposible que se fundan, se confundan, se intercambien. Sutileza de artista, y no pequeña: hacer venir los seres del mundo, los de ahora y los de antes, los de la realidad y los de la invención, los de la historia y los de los sueños, los de la religión y los de las civilizaciones, y dejarlos estar, disponiendo la compañía y la escena, para ver, ver bien, qué hacen solos, cómo se comportan, cuánto valen y de qué manera valen, en esta nueva tertulia.

Ambivalencia, dije, al principio; creo que ahora, al final, después del recorrido por la obra de José Luis Malo debo decir, mejor dicho: polivalencia. Alguien afirmó que uno no puede pasar por una gran obra sin sufrir modificaciones personales. Yo no pude, como se habrá notado, escapar a esta regla, y ahora que termino de dialogar con la obra de José Luis Malo, reescribo la frase inicial con la que comenzamos este encuentro, y digo, mejor dicho: *la obra de José Luis Malo es polivalente*.

Dante Medina



Rituales diurnos III y IV



Ausencia

Poesía irlandesa contemporánea

Ciaran Cosgrove

La escritura irlandesa contemporánea se afana por aquello que Harolk Bloom célebramente llamó «la ansiedad de influencia». Es cierto que muchos «pesos completos» de la literatura escrita en inglés durante el siglo pasado proceden de Irlanda. Los nombres de Wilde, Shaw, Joyce, Yeats, Beckett han llegado a ser universalmente conocidos. Es asimismo verdadero que muchos de nuestros grandes escritores se han exiliado voluntariamente de Irlanda con el fin de poder producir sus mejores obras. Los escritores irlandeses siempre han dado la impresión de estar «encadenados» a su pasado y por la restrictiva configuración de su presente. La herencia de haber sido colonizados por Inglaterra todavía está presente. Las manifestaciones hegemónicas del nacionalismo y la religión rampantes se encuentran todavía en la escritura actual.

La presente selección de poemas evita en forma deliberada los nombres dominantes en la escritura irlandesa. Pude haber incluido poemas, por ejemplo, de Beckett, o del ganador del Nobel, Seamus Heaney, cuyos poemas ya han sido decorosamente traducidos y publicados en México. Pero me he concentrado en unos poetas algo menos conocidos, cuyas voces se escuchan cada vez más.

A los poemas de Dennis O'Driscoll los domina la mórbida fascinación por la muerte y la decadencia, por el desconocimiento de cómo y cuándo debemos confrontarnos con nuestro destino. Francis Stuart, quien murió el año pasado a los 90 años, fue un poeta que manifestó su enraizamiento en Dublín, ciudad donde vivía. Pádraig J. Daly es un sacerdote poeta cuyas críticas a la Iglesia católica le han ganado amistades, así como enemistades. Algunas de las mujeres poetas actuales, como Nuala Ni Dhomhnaill, escriben en el idioma nativo irlandés (gaélico) y en inglés. El gaélico fue suprimido efectivamente por los ingleses en la pasada centuria, pero en la actualidad está experimentando un resurgimiento, junto con muchos otros aspectos de la cultura tradicional, como la música folclórica. La poesía de Ni Dhomhnaill enlaza una cruda sensualidad con una conciencia intelectual del poder de los símbolos y las manifestaciones del catolicismo irlandés. Las gentiles ironías y los toques sutiles de Paul Muldoon abarcan desde el provincianismo insular, hasta el ancho mundo de las grandes potencias políticas. La crisis cuba-

na de los misiles fue agudamente observada en Irlanda, en parte debido al status mítico que tenía John F. Kennedy como el más reverenciado irlandés de Norteamérica.

En la novela de James Joyce, *Retrato del artista adolescente*, el personaje Stephen Dedalus hace el siguiente comentario: «Cuando el alma de un hombre nace en este país, se le arrojan redes para impedirle volar. Usted me habla de nacionalidad, idioma, religión. Yo debo tratar de volar sobre estas redes.» En los poemas aquí presentados y excelentemente traducidos por Raúl Aceves, el poder de estas redes puede sentirse todavía, tanto como el deseo de escaparse de ellas.

Traducciones de Raúl Aceves.

* * *

Dennis O'Driscoll (Thurles, Co Tipperary, 1954). Es un crítico de poesía ampliamente reconocido, y editor de Poetry Ireland Review. Es autor de tres libros de poesía: Kist (1982), Hidden Extras (1987) y Long story short (1993).

Alguien

Dennis O'Driscoll

alguien se está vistiendo para la muerte hoy, un cambio de
[falda o corbata
come su último banquete: rebanada de pan con
[mantequilla y té
apenas notando su erección, que fue la última
rasurando su cara de mármol para la fría exhibición
rociando con desodorante la gruesa hierba de su axila
alguien sale de su casa a trabajar hoy
saludando, terminalmente, a los vecinos que se unirán
[al cortejo
alguien se recorta las uñas por última vez, unpreciado
[momento
alguien cuyos muslos no se rayarán con ligeros en
[lo futuro
alguien saca las botellas de leche para un día que no llegará
alguien cuyo fresco aliento está a punto de ser arrancado
[de tajo
alguien escribe un cheque que llevará la marca
[«firmante difunto»
alguien circula las fechas póstumas en un calendario
alguien escucha un irrelevante pronóstico del tiempo
alguien hace imprudentes promesas a sus amigos
alguien cuyo ataúd está siendo cepillado, laqueado,
[limpiado
y se siente esta mañana tan bien como siempre
alguien, si le preguntaran, no hallaría nada especial en
[este día

perfume y despedidas: su testamento y última voluntad
alguien está viendo por última vez el mundo
tan inocente como vio la primera vez

Traducido en colaboración con Sussan Piombo.

Plan G de angustia

Él tiene todo.
Una joven y bella esposa.
Un comfortable hogar.
Un trabajo seguro.
Una aterciopelada suite de tres piezas.
Un auto plateado.
Un gabinete de caoba para licores.
Un trofeo de rugby.
Un aparato de música a control remoto.
Una bolsa con palos de golf bajo el vestíbulo.
Una hija con hermosa cabellera aprendiendo a caminar.

De lo que más miedo siente
y que lo mantiene agitado algunas noches
bajo la cobija eléctrica,
oyendo el tictac del viejo reloj
como si desaprobara el aterrizaje,
son las historias que empiezan:
Él tenía todo.
Una joven y bella esposa.
Un comfortable hogar.
Un trabajo seguro.
Entonces un día...

La despedida de un escritor

Francis Stuart

Entiérrenme en las Mansiones de Fátima
entre el alambre y la pared
dentro del sonido de los gritos infantiles
y la llamada frenética de sus madres.

Encerrado bajo el concreto húmedo
sin nada más que decir,
mis pies en una litera antigua
y mi cabeza en arcilla dublinesa.

Francis Stuart (1904-1999). Uno de los escritores más distinguidos de su generación. Se inspiró en la poesía de W.B. Yeats. Durante muchos años optó por el autoexilio en Europa continental. Se hizo célebre por su novela H Block, traducida a muchos idiomas. Hasta su muerte fue miembro de Aosdana, la asociación oficial de artistas irlandeses.

Mientras las olas restriegán sobre mí
y las carretas de carbón pasan rodando,
olvidado y sin señales,
al fin a salvo, yacería.

Pat Ingoldsby (Dublín, Irlanda, 1942). Es conocido como poeta popular. Siempre se ha quedado al margen de los poetas del stablishment. Su último libro se llama Ingoldsby at Large.

Los saltos se han ido

Pat Ingoldsby

El modo en que espontáneas las niñitas
explotan en una serie repentina de encantadores
brincos, cabriolas y saltos a la cuerda.
Saltando de alegría.
Danzando con deleite.
La felicidad de pronto las golpea
y ellas bailan.
Nadie les enseña.
Sólo sucede.
Caminando por la calle.
Agarradas de la mano de su madre.
Yupii —¡Soy feliz!
Vamos piernas
vamos.

De modo como las niñitas alcanzan
un misterioso punto en su desarrollo,
los saltos se detienen.
El último brinco, salto de cuerda y cabriola feliz.
La última danza con brinquitos en la calle.
Nadie les enseña.
Sólo sucede.
La felicidad de repente golpea
y ellas lo hacen.
El último brinco de verdad.
Ellas no lo saben
en ese momento.
Pero ocurre.

Televisión

Gabriel Rosenstock

A las cinco de la mañana
ella quiso ver televisión.
¿Quién puede discutir con una mujercita
de dos años y medio?
Bajamos juntos los dos
yo ni siquiera estaba vestido
y el cuarto estaba helado.
Sin ninguna luz en el cielo todavía
miramos maravillados la pantalla blanca.
¿Ya estás contenta?
Pero ella vio nieve
y una jirafa cruzándola
y una lechuza ártica
dando vueltas
sobre aquello.

para mi hija Saffron

*Gabriel Rosenstock (Irlanda, 1950).
Fue uno de los fundadores de Poetry
Ireland, la principal revista de poesía
irlandesa. Es un poeta bilingüe.
Sus poemas escritos en gaélico han
sido muy antologados. También es-
cribe para niños.*

Aunque hay torturadores

Michael Coady

Aunque hay torturadores en el mundo
también hay músicos.

Aunque, en este momento, hay hombres
gritando en prisiones,
hay músicos de jazz desatando tormentas
de celebración sensual
y orquestas interpretando
glorias al espíritu.

Aunque la imagen de Dios
es profanada en todas partes,
un hombre en West Clare
está tocando la concertina,
el Coro Sixtino está levitando
bajo el domo de San Pedro
y un borracho en la calle
va cantando por cantar.

*Michael Coady (Carrick on Suir,
1939). Es autor de dos libros de
poesía editados por Gallery
Press. Ha ganado el premio Pa-
trick Kavanagh (1979) y el Art
Council Bursaries (1981, 1988).
Se dedica a explorar la conexión
creativa entre poesía y prosa, me-
moria y tiempo, gentes y lugares.*

Pat Boran (Portlaoise, 1963). Ganó el premio Patrick Kavanagh en 1989. Ha publicado The unwound clock (1990), History and promise (1991), Familiar things (1993) y un libro de cuentos, Strange bedfellows (1992). Es editor de Poetry Ireland Review. Actualmente escribe una novela.

Patrick Galvin (Cork, 1927). Ha publicado cinco libros de poesía, el más reciente se llama Folk tales for the general. Además es autor de dos autobiografías y dramas. Es miembro de Aosdáana.

Retorno de la sinfonola del Castlecomer

Pat Boran

Y aun si nos escucháramos mucho a nosotros mismos
no oiríamos nada del mundo en relación a nosotros;
y aunque nuestros bolsillos estuvieran siempre vacíos
y nuestros calendarios llenos de desilusiones,
siempre habrá alguien más joven, sabio
a causa de nuestra estupidez, con una moneda que guardó
justo para el tiempo correcto —cuando el baile
se ha detenido y la luz de la sinfonola se ha apagado.

Nada es seguro

Patrick Galvin

Ya nada es seguro.
Anoche escribí un poema
y cuando desperté esta mañana
no había ninguna señal suya.
Pensé que se lo había comido el ratón
(estamos sometidos al ratón en esta casa)
pero de nuevo, entonces,
¿por qué deberían ser ellos?
La poesía no se pone de acuerdo con los ratones.

Por supuesto,
siendo el presente clima
como es
cualquier cosa puede haber sucedido.
Una repentina tormenta
durante la noche
el aire frío
colándose por la ventana
y el poema muere de neumonía.

La siguiente vez que escriba un poema
lo enviaré a mi tía
que vive en un manicomio.
Ella está ciega
pero le gusta la textura del papel.
Lo sostiene en su mano
lo arruga
y escucha el sonido.
Tal vez

eso es todo lo que importa
al final:
el sonido del papel
gritando en la mano.

Sacerdote I

Pádraig J. Daly

De muchas maneras eres como un viejo. Quizá
caminas a solas más que la mayoría de la gente que te dobla
[en edad.

Notas cada cambio de clima, el humo
que sube al cielo. Hay cierto decoro
que guardas en tu indumentaria, en la manera de peinar
[tu cabello.

Tienes muchos conocidos, pocos amigos;
además de tu dios silencioso, no tienes otro confidente.
Sin embargo, levantas tu sombrero para saludar a todos.
Especialmente te buscan las señoras grandes, de vez en
[cuando un pecador.

Te invitan a muchas celebraciones, en su mayoría
[nacimientos o funerales.
Algunas veces te preguntas si ésta era la intención de Dios.

Pádraig J. Daly (Dungarvan, Co Waterford, 1943). Es sacerdote de la orden de San Agustín en la parroquia de Ballyboden, Dublín. Su libro más reciente, Out of silence, fue publicado por Dedalus Press en 1993.

Credo

Mary O'Malley

Hay un riesgo
de que cada gratificación de seda,
cada sosegamiento de terciopelo entre amantes
sea robado a otra mujer.

De que consentir actos de amor
se disfrute solamente
sobre los muslos estacados
de las mujeres no salvadas de El Salvador.

De que yo no tenga derecho
a reclamar parentesco con mujeres en guerra,
sus vientres maduros tajados como melones
mientras vigilo.

Mary O'Malley (Dublin, Irlanda, 1958). Conduce un programa de radio sobre artes y ha publicado dos libros de poesía editados por Salmón Press en Galway, Petals at Noon (1992) y The rose sings (1997).

La satisfacción de mis hijos;
agonizar sobre aquellos cuyo pequeño
o gran talento por desarrollar,
a los que hay que dejar morir.

Pero mientras todavía soy libre
de respetar los derechos de las mujeres
gozaré y preservaré
el suspiro, el balanceo, las caricias nocturnas.

Sí, y la dignidad de mis hijos.
Pondré perfume en mis muñecas,
doblaré sábanas finas, acumularé
sedosas medias y cultivaré rosas rojas.

Retendré todo eso para ti
en un lugar inviolado,
el venerado rincón junto a mi corazón
que ningún hombre conoce.

Cada paso que danzo
cada mirada de amor y brillante nota
de un saxofón dorado
es un acto de fe porque yo creo

en la resurrección de los victimados.
Yo creo que su día
es una flecha extraviada,
que arde a lo largo del arco de plata

para encontrarte subiendo a tu poder
como un azafrán en la nieve.

Hierba milagrosa

Nuala Ni Dhomhnaill

Ahí estabas en tu vestimenta púrpura
a la mitad de una misa, como sacerdote consagrado
bajo tu alba de lino, tu casulla y estola;
y cuando viste mi cara en la multitud
formada para la santa comunión
la sagrada hostia cayó de tus dedos.

Sentí vergüenza, yo nunca
lo mencioné ni una vez,
mis labios quedaron sellados.
Pero aún acecha en mi corazón
como una espina bajo el lodo, y
se metió tan profundo y puro
que casi me mató.

Entonces la siguiente cosa, yo estaba tendido en una cama
llegaron consejeros por cientos,
doctores y hermanos y sacerdotes,
pero los desconcerté a todos; yo era
incurable, me dieron por muerto.

Así que váyanse, hombres,
fuera con las espadas y guadañas,
los garfios y palas y azadones.
Saca la grava,
aserra los bosques, desaloja la basura,
el crecimiento sensiblero, el completo extravío y desorden
que infesta mi infortunado campo verde.

Y hubo la sacra cascada
que tú descubrirás
en medio de los brotes de las semillas
un cúmulo de hierba milagrosa.

El sacerdote tendrá que venir entonces
con sus dedos delicados, y elevar la hostia
traerla y ponérmela en la lengua.
Donde se desbaratará y yo me levantaré de la cama
tan bien y capaz como la joven que solía ser.

Nuala Ni Dhomhnaill (Kerry, Irlanda, 1951). El gaélico fue su primera lengua. Es una de las pocas escritoras bilingües actuales de Irlanda. Los ciclos mitológicos del folclore irlandés influyen en su escritura. Es autora de varios libros de poesía tanto en irlandés como en inglés, entre ellos Raven Introductions (1992) y The softness of the Earth (1998).

Paul Muldoon (Irlanda, 1952). Fue alumno del Premio Nobel Seamus Heaney y es considerado como una de las voces más significativas de la poesía irlandesa. Ha publicado ocho libros de poesía, entre los cuales destaca Quooof (1992). Actualmente es escritor residente en la Universidad de Columbia (EUA).

Cuba

Paul Muldoon

Mi hermana mayor llegó a casa esta mañana
con su vestido vespertino de muselina blanca.
«¿Quién demonios piensas que eres,
para largarte a bailar vestida así con casi nada?
Como si no tuviéramos suficiente molestia
con la amenaza de guerra, si no es el fin del mundo.»
Mi padre golpeaba la mesa del desayuno.
«Aquellos yanquis estaban tocados y se fueron así.
Si hubieras oído a Patton en Armagh...
Pero este Kennedy es casi un irlandés
así que no es mucho mejor que nosotros mismos.
Y él con sólo decir la palabra.
Si tú no tienes nada en mente
tal vez deberías hacer las paces con Dios.»

Puedo escuchar a Mayo detrás de la cortina.
«Bendíceme, Padre, porque he pecado.
Una vez mentí, una vez desobedecí.
Y, Padre, una vez me tocó un muchacho.»
«Dime, niña, ¿te tocó de forma inmodesta?
por ejemplo, ¿te tocó tus pechos?»
«Se frotó contra mí, Padre. Con mucha gentileza.»

Noche infinita

Ciaran Cosgrove

Hemmt die unndliche nacht mich immer.
(Siempre me ha detenido la noche infinita.)

Hölderlin

Canta para mí, Emer
de sueños que saltan
de retorno hacia una mancha
vista a través de los lentes del ayer.

Juega con mi reloj
y sostenlo con las manos
mientras galopa en busca
del sol de mediodía.

¿Puedo entrar al vacío
y quedarme detrás
en la orilla del bosque
limpiado por el viento?

El terremoto debajo
me invita a pasar
del dintel de la muerte
a probar los venablos del sol.

En el mar de tu ojo
pienso que deberé hallar
principios de profundidad
y remolinos de pecado.

Canta para mí, Emer,
un manojo de maíz
o un cielo de estrellas
tu cuerpo, tu mente.

Muestra la nube en tu mejilla:
Blanco sobre blanco; escucha el sonido
en un túnel, todo negro
con el poder del tren.

Una torre de canto
fluye abajo en ríos de luz
hasta que irrumpe abierto
el día, la infinita noche.

Ciaran Cosgrove (Belfast, Irlanda, 1950). Doctor en Letras por la Universidad de Essex, Gran Bretaña. Actualmente es profesor titular y jefe del Departamento de Español en el Trinity College, Universidad de Dublín, Irlanda. También fue profesor-investigador titular del Departamento de Estudios Literarios, de la Universidad de Guadalajara (1994-1995). Ha recibido el Premio del libro Xavier Giral, la Dr. Henry Hutchinson Stuart y la beca del gobierno mexicano bajo el Programa Anglo-mexicano de Intercambio.

Centro Cultural
CASA VALLARTA



Pintura / Escultura
Fotografía / Videos
Música / Café

Vallarta 1668 / 615 4930

Los paseos literarios de Robert Walser

César Vargas Cruz

La vida y la obra de Robert Walser (Biel, Suiza, 1878-1956) ejemplifican claramente cómo un escritor, si no cumple con los anquilosados cánones que impone la moda, puede quedar confinado al anonimato por el *stablishment* cultural. Walser fue contemporáneo de Mann, Rilke, Hesse, y en su momento su nombre hubiera aparecido junto al de estas grandes figuras de no haber sido por esos inevitables glaucomas que suelen invadir a críticos y editores. Hoy lo sabemos; apostaron, salvo contadas excepciones, por innumerables y frágiles autores que ni siquiera resistieron la prueba del tiempo y hoy permanecen en el limbo literario.

A excepción de un selecto grupo de escritores que mantuvieron hacia él un culto secreto, silencioso, al margen de la literatura pública, Walser tuvo la buena fortuna de preservarse para la posteridad. En el fondo, Walser representó el punto de partida para sus propias creaciones.

Por las noches, en medio de sus vacilantes ensayos de escritura, Kafka jugaba a imitar la prosa de Walser, y en más de una ocasión algún editor confundió sus manuscritos con los del escritor suizo. En *El hombre sin atributos*, Robert Musil se inspiró en la obra de Walser para presentar al desnudo, sin falsas cualidades, al irónico e impasible Ulrich, uno de los personajes literarios más célebres del siglo XX. Walter Benjamin, siempre en busca de resquicios y fragmentos de modernidad, adoraba su prosa, pero también se quejaba de no saber nada de él, el más huidizo de los escritores. De no haberse visto acorralado por los nazis y haber adoptado esa idea absurda del suicidio, es posible que Benjamin habría encontrado en los *Paseos con Robert Walser*,* de Carl Seelig, destellos e iluminaciones sobre la vida del escritor helvético.

En efecto, de *Paseos con Robert Walser* se desprende uno de los documentos biográficos más importantes que registra la historia literaria. Uno de esos libros en que se da el binomio perfecto entre biógrafo y biografado, sólo comparable a esa estrecha relación intelectual que entablaron Boswell y Johnson, o Eckermann y Goethe.

* Carl Seelig, *Paseos con Robert Walser*. Trad. de Carlos Fortea, Siruela, Madrid, 2000, 167 pp.

César Vargas Cruz (México, D.F., 1967). Ensayista y reseñista. Ha publicado en el periódico Cronopio y en las revistas Casa del tiempo y Amoxcalli. Realizó estudios en la Sociedad General de Escritores de México (Sogem).

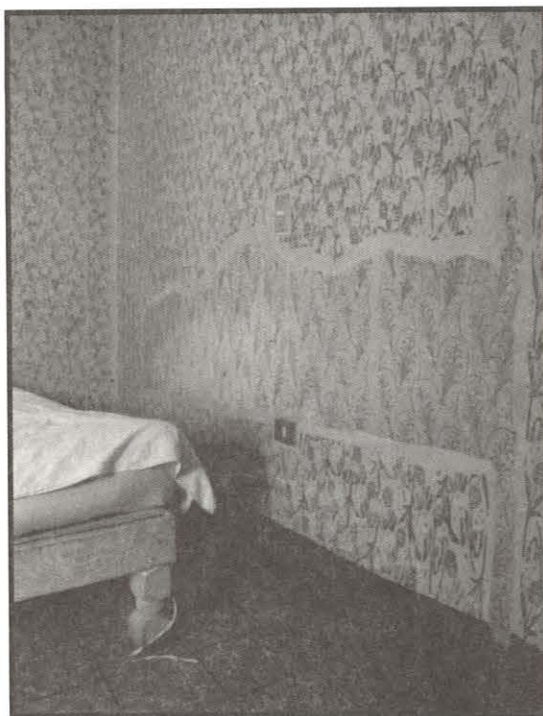
Pero mientras Boswell y Eckermann se rozaron con celebridades, Seelig tiene ante sí a un romántico desconocido, cuya personalidad oscila entre la locura y la sapiencia; un artista solitario, cansado, fracasado, rencoroso, desconfiado, confinado a un sanatorio para enfermos mentales; un artista que, sin embargo, aún guarda una sola pasión, la de toda su vida: pasear.

En 1936, Carl Seelig, una especie de filántropo literario, que no ignora el genio y el gusto por la excursión de Walser, acude al sanatorio donde reside el escritor, pues siente «la necesidad de hacer algo por la publicación de sus obras y por él mismo». Walser accede a relatarle su vida y durante veinte años, hasta el año de su muerte en 1956, Seelig registra el fruto de casi medio centenar de paseos que realiza en compañía de Walser.

Cuando ocurrió este feliz encuentro, Walser ya se había retirado del mundo de la escritura, víctima de una crisis nerviosa ligada a un desencanto literario: sus musas no fueron del agrado de los editores.

Compartiendo el mismo destino de un Nietzsche o un Hölderlin, aunque sin el mismo grado de silencio, en esos años de la locura Walser se abstiene de escribir, mas no de arrojarle una cuantas verdades a su amigo y primer biógrafo, Carl Seelig. Acaso por ello los *Paseos con Robert Walser* constituyan su testamento literario.

En estas conversaciones están presentes no sólo la bebida y comida, asegura Seelig, sino todas las calamidades a las que se enfrentó Walser: la errancia infatigable como proyecto de vida; la habitual pobreza como fiel compañera; la palabra editor como sinónimo de insulto; el paso fugaz por ciudades, regiones, pueblos y cantones como condición del poeta en libertad; el amor o repudio de sus contempo-



MG

ráneos, y todo el desprecio al mundillo literario como culpable de su fracaso.

Carl Seelig quiere mostrar a Walser en su medio natural, en el camino, como los cientos de trotamundos que abundan en sus relatos. En esas caminatas kilométricas por los alrededores del sanatorio en que reside, tan habituales para Walser, se van escribiendo los *Paseos con Robert Walser*, a manera de un sólido diario de viaje. En otras circunstancias, el espíritu aventurero de

Seelig también habría cargado su libreta de notas y caminando sin fatiga al lado de Walser.

Algo que llama la atención a lo largo de estos coloquios es la gran cantidad de escritores que citan los dos amigos, todos coterráneos de Walser. ¿Dónde están hoy todos ellos? ¿Dónde Halldór Laxness, Premio Nobel de Literatura 1955, un año antes de la muerte de Walser?

A diferencia de sus novelas y relatos, donde sus personajes emanan un aura de felicidad mística, Walser declara que el motivo de su desgracia como escritor proviene de una obstinación por querer compararlo con Hesse. El 27 de junio de 1937, Seelig anota: «De esa forma extrema me juzgan. No tienen confianza en mi trabajo. Y por esa razón he ido a parar al sanatorio. Siempre me ha faltado la aureola de la santidad. Sólo con ella se puede triunfar en la literatura.»

En realidad, el mundillo literario no le perdonó su falta de solemnidad, de la que todos los escritores se contagian, y por supuesto su vagancia extrema. La levedad y la delicadeza con que presentaba en las editoriales sus manuscritos no encajaban en esos tiempos difíciles; mientras que «la época posterior a la Primera Guerra Mundial había sido una

Walseriana

Traducción de Carlos Fortea
Selección de textos: César Vargas

De los escritores

Acerca de los premios literarios a principiantes: Si los malcrían tan pronto, seguirán siendo niños eternamente. Para hacerse hombres se necesita sufrimiento, falta de reconocimiento, lucha. El Estado no puede convertirse en comadrona de los escritores.

¿Acaso un escritor de éxito no es, a su manera, un asesino?

Cuando los artistas no mantienen una relación de tensión con la sociedad, se paralizan con rapidez. No pueden dejarse minar por ella, porque entonces se sienten obligados a plegarse a las circunstancias dadas. Nunca, ni siquiera en los periodos de mayor pobreza, me dejé comprar por la sociedad. Siempre antepuse la libertad personal.

De la política

Sobre Stalin: Siempre me repugnó el incienso que hacía extender a su alrededor. Rodeado, al final se convirtió en un ídolo que ya no podía vivir como un hombre normal. Quizá en él se ocultara la genialidad. Pero a los pueblos les conviene más ser gobernados por naturalezas mediocres. En el genio acechan casi siempre perversidades que los pueblos tendrán que pagar con sangre, dolor y vergüenza.

De la vanidad

No hay nada más estúpido que la arrogancia inte-

lectual. Se hace iluminar continuamente por otros, porque no brilla por sí misma.

De la creación

Los árboles sí que tienen suerte. Pueden dar fruto todos los años.

Las naturalezas creativas no son especulativas. Eso las distingue de los imitadores.

De los escritores

Thomas Mann lo ha tenido todo desde su juventud: tranquilidad burguesa, seguridad, felicidad familiar, reconocimiento. Ni siquiera la emigración fue capaz de derribarlo. Siguió escribiendo en suelo extranjero como un diligente gestor en su oficina, y por eso las novelas de *José*, que resultan secas y sudorosas, no son ni con mucho tan bellas como sus asombrosas primeras obras. De algún modo, a las cosas tardías se les nota el aire del despacho, y ése es el aspecto de quien las compone. El de alguien que siempre ha estado sentado, laborioso, al escritorio y ante los libros de contabilidad...

Una de las mayores virtudes de Goethe era su instinto social, así como su genio para disponer los espacios de trabajo adecuados a todos los periodos de su vida. Es algo que no tiene parangón. Cuando estaba cansado de escribir, se refrescaba en los espacios de la geología y la botánica, en las empresas ministeriales y teatrales. Siempre descubría nuevas fuentes para rejuvenecer.

Nietzsche parece un personaje diabólico, ansioso de victoria y desmedidamente ambicioso: sin duda poseía la seducción del genio. Pero se entregó tempranamente al diablo, al súcubo, porque él mismo se sentía inferior. No era un hombre favorecido por el destino. Era altanero y obstinado porque lo ofendía su existencia sometida. Su moral dominadora era probablemente lo más ofensivo

que se pueda imaginar para una mujer: la pérfida
venganza de un ser no amado.

Estoy convencido de que en los últimos treinta
años de su vida Hölderlin no fue tan desdichado
como lo pintan los profesores de literatura. Poder
soñar en un modesto rincón, sin tener que res-
ponder a continuas pretensiones, no es ningún
martirio. ¡Sólo la gente hace que lo sea!

Se vengaba (Nietzsche) de que ninguna mujer lo
hubiera amado. Él mismo acabó por carecer de
amor. ¡Cuántos sistemas filosóficos no son más
que venganzas por perdidos disfrutes!

De la ética

Hablar menos de Dios y actuar más conforme a
Dios.

Casi todos los avaros llegan a ser viejísimos: es
como si la muerte se espantara ante ellos.

Me parece filisteo importunar al Estado con exi-
gencias morales. El Estado tiene ante todo la ta-
rea de ser fuerte y vigilante. La moral tiene que
seguir siendo cosa del individuo.

La mayoría de las veces, la gente educada tiene
mucha trastienda.

De la vida sosegada

Es curioso cómo la cerveza y el crepúsculo se lle-
van todas las cargas.

¿Acaso la vida humana está siempre llena de sol?
¿No son sólo la luz y las sombras las que le dan
sentido?

Sólo los defectos otorgan características intere-
santes a las personas. Los fallos están ahí para
crear contraste y dar así vida al mundo.

En lo que a música se refiere, debería quedar reservada a las clases superiores. En grandes cantidades, tiene efectos stupidizantes sobre la masa. Hoy se la sirven a uno hasta en el urinario. Pero el arte tiene que seguir siendo un don. No puede descender a la cloaca. Eso es un error, y espantosamente carente de gusto. Lo cordial, encantador y distinguido es imprescindible para él... En lo que a mí concierne, normalmente no echo de menos la música. Prefiero una amigable conversación...

La dependencia tiene algo de bonachón, la independencia tiene algo de hostilidad.

Es muy agradable ver el mundo como una habitación en domingo.

Quizá la infidelidad esté ahí para mantener vivas a las mujeres. De lo contrario se vuelven demasiado somnolientas.

De la pobreza

Sólo en la pobreza despierta la razón humana.

De los poetas

De la boca del poeta genial sale el anuncio profético de la historia universal.

A menudo los poetas tienen tentáculos extraordinariamente largos, con los que presienten el futuro. Huelen los acontecimientos venideros como los cerdos las trufas.

etapa vergonzosa para la mayoría de los escritores. Su literatura había adoptado un carácter venenoso, lleno de odio».

Y es que en la obra de Robert Walser habita una resistencia a lo moderno. Sus personajes, seres prosaicos de vida inestable, pueblan ciudades como furtivos fantasmas, se regodean del bullicio de una sociedad que, por exceso de racionalidad, tiende a su propio aniquilamiento espiritual. Desde su posición impávida, estos vagabundos acaso alteren con más estruendo el orden social que cualquier pistoletazo revolucionario.

«¿Sabe por qué nunca llegué a la cumbre como escritor?» —interroga Walser a su futuro albacea, en unas notas del 28 de enero de 1943—. «Se lo voy a decir. Porque tenía muy poco instinto social. Actué casi de espaldas a la sociedad. ¡Seguro, así fue! Hoy lo veo con toda claridad. Me entregué demasiado a mi placer personal. Sí, es cierto, tenía condiciones para convertirme en una especie de vagabundo, y apenas me resistí a ello.»

Con este placer personal, Walser elabora una prosa poética transparente, zigzagueante, dilatada, juguetona, pero siempre atenta al registro del instante. La prosa intermitente de Walser parece nunca llegar a ningún lado, pero siendo lo de menos el fin, somete a la realidad, la subyuga con una dulzura inusual, pocas veces encontrada en la literatura.

Robert Walser nació en Suiza en 1878, aunque con la vuelta de los años se convirtió en ciudadano del mundo. Provenía de una familia de muchos miembros que heredaba una enfermedad nerviosa, de cuya maldición al fin escaparon: no tuvieron descendencia. Walser siempre tuvo aspiraciones de llegar a ser actor; algún infortunado lo disuadió de sus



MG

sueños y se convirtió en un soñador de tiempo completo: se volvió poeta. Agotó todos los oficios más variados, de los que extrajo material para sus novelas y cuentos: fue oficinista, botones, sirviente, amanuense, contador, comisionista, pero no cabe duda de que hubo un oficio en que se especializó con más ahínco: el de la vagancia.

Robert Walser no pudo tener una muerte más romántica. En la Navidad del año 1956, mientras daba un paseo por los alrededores del sanatorio

donde era huésped, en Herisau, ya con síntomas de arteriosclerosis senil, su cuerpo cayó entre la nieve. Dos niños, a los que consideraba como seres celestiales que vivían en un perpetuo paraíso, lo encontraron muerto, cubierto de copos de nieve. La historia literaria lo mantendría así, sepultado por muchos años.

De los escritores de la primera mitad del siglo XX que empezaron a enarbolar el fracaso como norma de vida, sin lugar a dudas Robert Walser destaca por su vocación perpetua de ocupar, no sin una extraña fruición, los estamentos y oficios más simples (experiencias personales que plasmó en sus mejores creaciones: *Jacob von Gunten*, *El ayudante*, *Los hermanos Tañer*, *Vida de poeta* y cientos de historias más). Su renuncia a la magnificencia sólo es comparable a la de Kafka, de quien también fue su precursor.

Optó por la utopía de llevar una vida sencilla, sin pretensiones de éxito. Como aquel 12 de abril de 1953 que registra Seelig, día del cumpleaños de Walser, en que éste se ocupó en barrer su habitación y pegar bolsas de papel, como cualquier otro día. Bien lo dice Walser: «Renunciar a la grandeza podría ser también grandeza.»

**Canutero de España.
Periquetes de literatura**
Arduro Suaves



«Si las piedras hablaran, hablarían en castilla» es la sentencia liminar, consigna epigráfica con que abre el *Canutero de España. Periquetes de literatura*, la obrita más reciente de Arduro Suaves, quien en su afán de divulgar el periquetismo, al cual considera un humanismo, la ofrece al lector en la FIL 2000, dedicada, precisamente, a España.

El canutero, como instrumento de escritura y creación, se ha enfilado ya por el camino literario, hacia la búsqueda de un género mínimo, legítimo, de expresión.

El *Canutero de España* es el canutero más elaborado, más decantado, con más filtros culturales, para acercarse a una de las mejores literaturas que se hayan leído. Los canutereros especiales de este cuaderno quieren ser un motivo celebratorio, de humor inte-

lectual, en ocasión de esta única presencia de España en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, como un saludo y homenaje a la madre patria soltera. Aquí desfilan «don alfonso el supersabio», «el cojito de la mancha», «rodrigo díaz de vibrar» y «los jovellanos y bellos». A lo largo del cuadernito, y a la manera particular del periquete, se marcan las referencias obligadas a la obra de Lope de Vega, como un *leitmotiv* a partir de una línea del más famoso de sus sonetos: «¿qué tengo yo que mi amistad publicas, críticas, provocas, presumes, denuncias, cotizas, y no procuras?», además de otros mesteres y menesteres: «garcilaso de la fértil vega», «soledades, galerías y otros públicos», «la tierra es de quien la saborea», entre otros aperitivos castizos.

Arduro Suaves. *Canutero de España. Periquetes de literatura*, Ediciones del Ermitaño (Breviarios de Minimalia), México, 2000.

Aproximaciones a la nueva narrativa jalisciense

Luz María Sánchez

De la nueva narrativa se ha escuchado mucho. Mientras algunos escritores despuntan en el panorama literario nacional y mundial, en Jalisco los nuevos escritores trabajan las veinticuatro horas del día, pero ¿los conocemos?, ¿sabemos qué opinión les merece el mundo, la ciudad, la literatura?

Luz María Sánchez (1971) se acercó a la entrevista literaria desde los dos flancos indispensables: la academia y la actividad creativa, y entrevistó a siete jóvenes narradores jaliscienses: José Israel Carranza, Bernardo Esquinca, David Izazaña, Fernando de León, Mauricio Montiel, Eugenio Partida y Luis Martín Ulloa.

De *Aproximaciones a la nueva narrativa jalisciense*, Emanuel Carballo dijo en la presentación del libro: «Está inscrito en la corriente de la entrevista literaria. En él la autora entrevista a siete narradores jaliscienses nacidos alrededor de 1970 y que configuran un presente promisorio para las letras de Jalisco. Luz María Sánchez los entrevista en profundidad, busca y consigue establecer un común denominador entre los siete y, por último, organiza una estricta antología de estos novísimos prosistas. El libro es útil para las letras jaliscienses y es un adelanto de lo que pueden hacer en otros estados los investigadores literarios.»



Luz María Sánchez. *Aproximaciones a la nueva narrativa jalisciense*, Ediciones de la noche Fonca-Conaculta Universidad de Guadalajara Campus Universitario del Norte, Guadalajara, 2000.

De atrás de las rejas

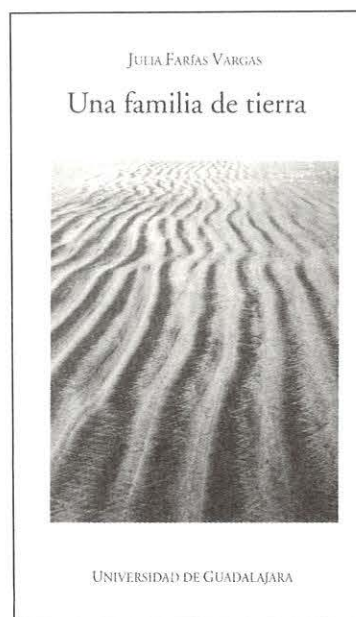
Una familia de tierra

La Universidad de Guadalajara y la Casa de Poesía Juan Bañuelos han publicado cuatro volúmenes que contienen los frutos del Taller Literario del Centro de Readaptación Femenil, del estado de Jalisco. María Luisa Burillo, maestra y encargada del taller, ha escrito breves presentaciones para cada uno de los volúmenes.

En este libro se captura la fuerza de la añoranza por la tierra: cada verso revitaliza nuestras raíces —que son nuestra verdad más profunda—, y al mismo tiempo hace aflorar los valores inhe-

rentemente humanos que la civilización va desleyendo; y resulta que la madre es el aroma propio; el padre, el árbol, y los hermanos son la savia compartida; instancias presentes en la dicha y el dolor, en la algarabía cuando la pizca de una buena cosecha, en la estrechez de la sequía...

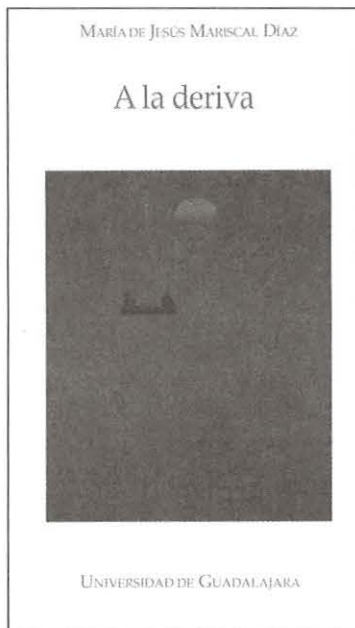
Julia Farías Vargas. *Una familia de tierra*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000.



A la deriva

La riqueza de una novela radica en los cuestionamientos que suscita en el lector. En *A la deriva*, su personaje principal nos conduce por una cadena de conflictos que vive una joven mujer sin autoestima y con una credulidad que raya en lo infantil; carencia y exceso que la conducen a un callejón sin salida.

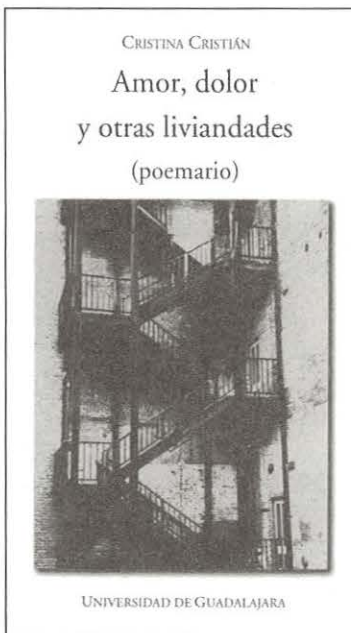
María de Jesús ha dejado que otros decidan por ella desde su infancia. Pero al tomar las riendas de su propia vida podrá darle un giro de ciento ochenta grados a su destino. Es la única salida



para esta mujer que ha llevado una vida sin capitanía.

María de Jesús Mariscal Díaz. *A la deriva*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000.

Amor, dolor y otras liviandades
En esta obra vamos conviviendo con la poeta asentamientos del corazón, que llegan a ser un espejo de aprendizajes. Cuando la autora agradece el abandono de sus familiares más cercanos, hace surgir una especie de rabia, que es el último recurso para la salvación y el fortalecimiento de un espíritu libre porque ha sobrevivido a la soledad. Extrañamente, quien logra tenerse a sí mismo desde la soledad más profunda, ya no vuelve a estar solo, porque con el Creador ha encontrado un sentido a su experiencia irrepetible de vida.

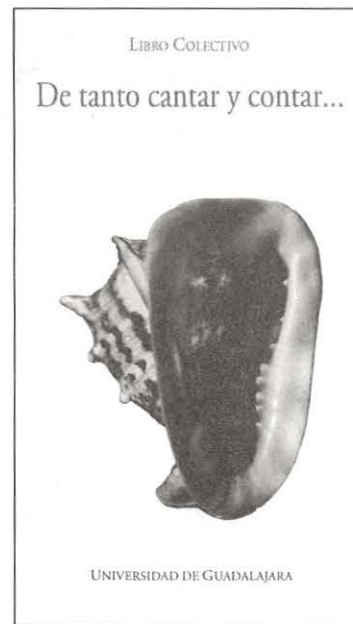


Cristina Cristián. *Amor, dolor y otras liviandades*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000.

De tanto cantar y contar

Es una fortuna que escritoras que han tocado fondo en tan variados aprendizajes de la vida hayan plasmado en el papel luces y sombras que son señales para el lector. Estos cantos y cuentos son un camino en el que la palabra compartida resurge por la fuerza de su significación: un sentimiento de amor universal transfigurado por la vejez, la enfermedad o la falta de libertad física.

Varios autores. *De tanto cantar y contar...*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2000.



libros • discos • arte • café

gandhi

AVENIDA CHAPULTEPEC 396
ESQ. EFRAÍN GLEZ. LUNA C.P. 44420

TEL: 616•73•74
FAX: 616•73•82

gandhi

Bellas Artes
91 (5) 510 4231 al 35
Fax 612 4360

gandhi

Discos
91 (5) 658 5718

gandhi

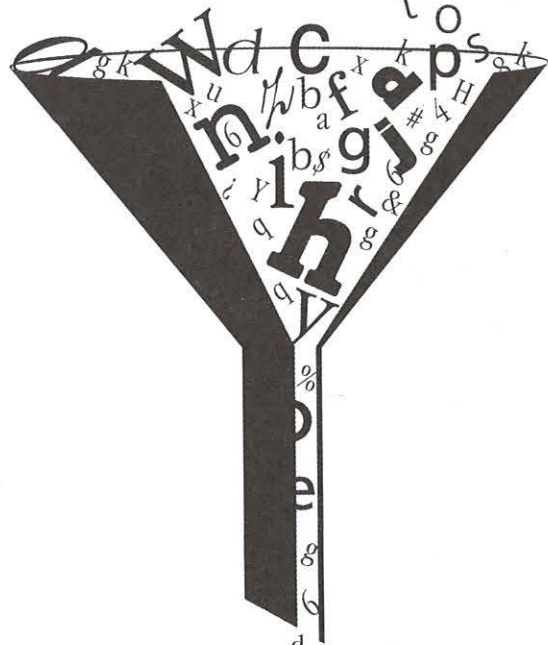
M. Ángel de Quevedo
Discos 91 (5) 661 2339
Libros 91 (5) 661 0911
Fax 661 2043
Ofic 661 1041



códice librería

argentina 66 (entre vallarta y pedro moreno) ♦ tel/fax [3] 825 7060

En **pandora** le damos sentido a sus **textos**



pandora editorial
s.a. de c.v.
IMPRESORES

Cañas 3657 ♦ La Nogalera □ 810 6624 Fax 810 6626 ♦ C.P. 44470 ♦ Guadajajara, Jalisco, México



Ballet Folclórico
de la Universidad de Guadalajara

TEATRO DEGOLLADO
funciones todos los domingos a las 10 am



Héctor Navarro
Chamán alucinado
Acrílico/tela 140 x 190 cm.

colección permanente



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA